

peter kapra

CLAVE CÓSMICA

CLAVE CÓSMICA

PETER KAPRA

CLAVE CÓSMICA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 5.235 - 70

Printed in Spain *Impreso en España*

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Vake Dossen apenas prestó atención a la noticia, pese a su extraordinaria importancia. Estaba demasiado preocupado en sus propios problemas para recordar siquiera el nombre de la mujer tan misteriosamente desaparecida en el interior de su baño, con las puertas cerradas por dentro.

El locutor de «Welt Neues», desde la pantalla de información múltiple, hablaba con cierta excitación:

—…En la agencia Interstar se encuentran ante el caso más insólito que pueda darse en nuestra era tecnológica. La físico Nedy Ogral penetró en su baño y no ha vuelto a aparecer.

»¿Nos encontramos ante un caso de secuestro por medio de teleportación de materia?

—¡Qué bobada! —exclamó Vake—. Esta gente ha oído hablar de la traslación de la materia y opina que está al alcance de cualquiera.

El ingeniero físico nuclear Vake Dossen era uno de los pocos hombres de los muchos mundos habitados en el siglo XXX capaz de hablar con conocimiento de causa sobre la «transportación material», porque, gracias a él, precisamente, el invento de Marcus Oxwell era casi una realidad.

Y en torno a ello giraban las preocupaciones del ingeniero Vake.

Llevaba una semana discutiendo con el Consejo Científico de Mank acerca del hallazgo de tantalato de energio en un sistema planetario situado en los confines de la Galaxia. Un mundo o mundos —todavía no determinado— cuyo reconocimiento radioscópico había mostrado el elemento mineral necesario para perfeccionar los núcleos intensores de la teleportadora de Oxwell.

El Consejo Científico había elegido a Vake Dossen para trasladarse a NGTM-5. Él era la persona más indicada. En primer lugar, para comprobar por sí mismo —según la ley científica— su propia obra, cuyo peligro no descartaba nadie, y prueba de ello era que Vake Dossen había tomado unos días de descanso para poner en orden sus cosas, o mejor dicho, hacer testamento; y en segundo lugar, porque sólo Vake sabía, casi a ciencia cierta, lo que era el tantalato de energio, ya que él fue su descubridor sobre el papel de las matemáticas.

Había sido un singular hallazgo. Él intuyó la existencia del energio al calcular los núcleos intensores de Oxwell. Halló el error o la imperfección. Lo demostró matemáticamente, recurriendo a las computadoras de circuitos múltiples.

Pero el material no existía ni en la Tierra, ni en ninguno de los planetas

conocidos. Se perfeccionó la sonda radioscópica y se estuvo utilizando durante meses, hurgando en el cosmos con ella. Según Vake, el energio debía existir, en forma de óxido, fosfato, oxalato o tantalato. Lo que las computadoras de circuitos múltiples demostraban no podía ser discutido, o muchos adelantos de la ciencia serían falsos.

Y, por fin, el laboratorio radioscópico de Mank encontró lo que buscaban.

Sin embargo, surgió la dificultad. La nave sideral más rápida tardaría seiscientos años, aproximadamente, en llegar a NGTM-5, lo cual era un inconveniente terrible, puesto que serían necesarios mil doscientos años ir y volver.

El Consejo Científico de Mank pensó en la misma teleportadora perfeccionada por Vake. Se insinuó que podía utilizarse para enviar a alguien al lugar donde se encontraba el energio: Enviar también simultáneamente material de laboratorio y todo el complejo científico necesario para instalar los «núcleos intensores». Con todo ello, Vake sería «desmaterializado» en Mank y «materializado» en NGTM-5. La teleportación podría durar poco más de seis meses. Y, una vez allí, Vake Dossen tenía que trabajar en solitario, haciéndoselo todo él mismo, hasta obtener el tantalato de energio que reenviaría a Mank, ya con los «intensores» de energio.

No era un disparate, después de todo. Pero Vake sabía ya las probabilidades que tenía de fracaso. Y el número le impresionaba. Era un noventa por ciento en contra y un diez de duda.

Estaba atrapado y lo sabía. Llegó incluso a sospechar que alguno del Consejo Científico quería deshacerse de él.

Por todas estas causas, Vake apenas si prestó atención a la noticia que preocupaba al mundo, y que era la extraña e incomprensible desaparición de la físico Nedy Ogral. Y Vake la había conocido en la Universidad.

Un día tropezaron al entrar y salir de un laboratorio. Se disculparon y él continuó su camino, dejando a la alumna de física con una expresión de embobamiento pasmoso, porque Vake era para Nedy una especie de mago de la física nuclear.

Ella tenía entonces veintidós años y él veintisiete. Habían transcurrido ya cinco años.

—¡No iré, no iré y no iré! —masculló Vake, poniéndose en pie.

* * *

Quizás el tipo singular de la supersociedad tecnológica del siglo XXX fuese un hombre rubio y de ojos casi azules, pálido y delgado, que se llamaba Carl Costak.

Era un parásito, y no por culpa suya.

Carl Costak había nacido en la capital de la vieja Europa, Berlín, en condiciones un tanto anómalas. Su caso empezó, pues, antes de nacer. Fue un prematuro. Su madre se mató en un accidente de navegación aérea y el nonato debió de recibir alguna lesión que la ciencia no fue capaz de descubrir.

Le sacaron del vientre de su madre con vida, pero hubieron de someterle a tratamientos delicadísimos para conservarle así. Y nunca fue gran cosa. Débil, de aspecto anémico, se fatigaba con el mínimo esfuerzo.

Quisieron darle la oportunidad de ser igual que los demás humanos, pero sin éxito. Prácticamente, Carl Costak pasó toda su vida en los hospitales. Y a esto era debido el no poseer una carrera, licenciatura u oficio.

Tampoco podía trabajar. Por suerte, las leyes le protegían. Y cuando, al fin, los médicos le dejaron en paz, se le extendió una identificación en rojo, lo que significaba que era un inútil, pero que podía percibir un subsidio oficial de cuarenta y nueve créditos, con lo que, se podía mantener sin desahogo ni estrecheces. Desgraciadamente, Carl no podía aspirar a más. La vida no fue benigna con él y contaba sólo treinta años.

Sin embargo, algo había venido a preocupar al infortunado Costak.

Fue un dolor que sintió en el pecho al levantarse un día. El dolor no desapareció en días sucesivos, y Carl optó por volver de nuevo a ver al médico que tantos años le había atendido.

El hombre, al verle entrar en su consultorio, cambió de color. Pero le hizo un reconocimiento intensísimo. Le sondeó corazón y pulmones y terminó por someterle a una prueba definitiva, que sólo se empleaba en casos extremos.

¡Y el «spectrograma» reveló que a Costak se le acercaba el momento final!

—No es nada, Carl —mintió el médico, sonriendo—. Te tomarás unas píldoras y te calmarán ese dolor. Estás hecho una birria, pero a ti no hay quien te mate.

En aquel entonces Carl ignoraba que sus días estaban contados. Se fue tan tranquilo, pero sus dolores no se calmaron. Entonces volvió al consultorio por última vez. Los muchos años pasados en hospitales habían dado a Carl una experiencia que para sí hubiesen querido muchos médicos. Se conocía un sinfín de trucos y artimañas. Y los utilizó para llegar hasta el archivo médico del doctor Welker.

Allí estuvo a punto de morir del susto al examinar su «spectrograma» y ver dónde terminaba la línea irregular de su existencia… ¡Le faltaban unos meses únicamente, sin poder precisar el día exacto es que su minado organismo dejaría de vivir!

Ya no quiso ni ver al doctor Welker. Salió del consultorio como aturdido, deambuló sin rumbo fijo durante horas por las pistas rodantes de peatones, y hasta pensó en subir a las pistas elevadas y arrojarse desde una de ellas, regalando a la sociedad su débil constitución.

Dudó algunos días y, al fin, excesivamente angustiado, optó por la decisión final y concluir de una vez. Para ello salió una noche, dirigiéndose al extraradio en busca de las autopistas magnéticas, con ánimo de arrojarse al paso de cualquier vehículo, de los que circulaban a trescientos kilómetros por las bandas laterales y quinientos y setecientos por las centrales.

Lo que ignoraba el infortunado Carl Costak fue, exactamente, lo que sucedió. Existían unos modernos bólidos magnéticos provistos de «campo círculogravitacional» que funcionaban automáticamente cuando cualquier objeto se acercaba o penetraba en dicho campo. Inmediatamente, el objeto o vehículo era despedido por la fuerza de los invisibles haces círculogravitatorios, y el vehículo se detenía unos cien metros más allá, sin haber colisionado.

Dentro del bólido elegido por Carl Costak para poner fin a su vida, un hombre pretendía huir de otro destino tan siniestro y fatídico como la muerte.

Era Vake Dossen.

Se disparó el circuito, funcionó el «campo» y Carl, cerrados ya los ojos para morir, se sintió elevado por una fuerza extraña y desconocida que luego le depositó blandamente sobre la pista metálica, cuando el bólido iba a detenerse metros más allá.

Todo ocurrió en contados segundos. Vake sacó el vehículo de la pista y saltó al exterior, corriendo hacia donde Carl levantaba la cabeza, perplejo.

—¿Qué ha hecho usted, estúpido? —gritó Vake.

—Lo siento, señor… Lo siento mucho… No sé qué me ha ocurrido.

—¿No lo sabe? ¡Yo se lo diré! Si en vez de pasar yo por aquí, pasa un bólido de otro modelo más antiguo, estaría usted hecho trizas y el conductor, posiblemente, se hubiese matado… ¿Era eso lo que se proponía?

—No pretendía causar daño a nadie… Yo… yo… Perdóneme… No lo entiendo… Debería estar muerto.

—¡Venga, salga de ahí! Puede venir otro bólido y no ser tan benigno como yo… ¡Me ha dado un susto tremendo! ¿Quería usted quitarse la vida?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Tan desesperado está?

—Sí —confesó Carl.

—¡No lo estará tanto como yo! —exclamó Vake, como si quisiera ser compadecido—. Y no se me ha ocurrido esa solución.

—Perdone… Me iré.

—Aguarde. Ha cometido usted un delito. Aunque, yo estoy cometiendo otro… No, no le denunciaré. No tema —Vake miró a Carl a la luz que salía del bólido detenido en el arcén.

Y, de pronto, su rostro se iluminó.

—¿En qué piensa? —preguntó Carl, sorprendido.

—Se me ha ocurrido… ¿Por qué no hablamos en mi bólido? ¡Oiga, de veras! Yo puedo solucionar sus problemas y usted podría ayudarme a solucionar los míos… ¡Claro está! ¡Usted iba a matarse y yo no quiero morir!

Diciendo esto, Vake Dossen agarró a Carl del brazo. A través de la tela de fibra «berilflex», el ingeniero físico nuclear notó la delgadez del brazo y la escasa musculatura. Desde luego, Carl era un sujeto enteco y débil como Vake no había conocido otro en su vida, aunque su rostro alargado no fuese desagradable.

—¿Está enfermo? —preguntó.

—Sí. Incurable —asintió Carl.

—Lo siento.

—Yo estoy resignado ya. No quiero seguir sufriendo y terminaré de una vez. Es lo mejor. Si le cuento mi caso, no va a creerme.

—¿Por qué no? Deseo que me lo cuente. Yo le contaré a usted el mío. Mientras tanto, podremos tomar un sedante e inhalar efluvios aromáticos. Llevo de todo en la caja de respeto.

Dócilmente, Carl se dejó conducir hasta el bólido negro de Vake. Allí ambos se sentaron y estuvieron conversando durante más de dos horas…

* * *

Vake regresó a su alojamiento de la ciudad, acompañado de Carl Costak.

—Nadie sabrá nada. Lo haremos esta misma noche —dijo Vake, cuando penetraron en el salón—. Iremos al laboratorio de física nuclear y yo realizaré la operación.

¿Y si le descubren, ingeniero Dossen?

—No me descubrirán. Desapareceré inmediatamente. Nadie se preocupará de buscarme, porque creerán que he muerto en cumplimiento de mi deber.

—Bueno, bueno… Al menos, usted vivirá. Mis días están contados y creo que es bueno sacrificarse por alguien. No me importa, créame. ¿Qué hará usted?

—Yo tomaré mañana una astronave hacia «Lunk Cet», a nombre de usted, y allí desapareceré entre los plantadores de «yirgish». Puedo rehacer

mi vida e incluso dedicarme a mi profesión en otro planeta. Nuestro encuentro, esta noche, ha sido providencial.

—Sin embargo, hay algo que me preocupa, ingeniero Dossen —dijo Carl.

—¿Qué es?

—La teleportadora me desintegrará aquí y enviará mis átomos al espacio, ¿no es así?

—Exactamente.

—¿Y luego me integrará en ese lejano mundo, volviendo a ser igual que ahora?

—Sí, exactamente… Claro, salvo que ocurra algún percance, cosa que dudo.

—El percance que usted teme es que algo falle, ¿no?

—La operación es compleja. Hay que enviar un laboratorio entero a NGTM-5. Allí perfeccionar la teletransportadora con el tantalato de energio, que se supone se encuentra allí en abundancia, y luego emplear la máquina perfeccionada para regresar.

—¡Hum! No entiendo absolutamente nada, ¡diablos!

—No tiene por qué entender. Se supone que usted morirá y que la experiencia fracasará, porque yo, o sea usted, no regresaré jamás a este mundo.

—Eso es lo que me preocupa… No me hace gracia quedar desintegrado en el espacio, sin posibilidad de integración. ¿Se dice así?

—¡Pero, hombre! ¿No dice que tiene los días contados?

—Sí, sí… Pero uno desea que, al menos, mis cenizas queden aquí, en sitio fijo.

—¡Vamos, Carl Costak! ¿Y qué importa eso? Una vez muerto, ¿qué más da si sus cenizas quedan aquí o allá? El día del juicio universal todos nos reuniremos en el mismo lugar.

Carl se encogió de hombros.

—Bueno, eso es igual. No se preocupe. Ordene usted sus cosas y vayamos al laboratorio.

—Gracias, señor Costak… ¡Muchísimas gracias!

* * *

Vake llegó a la entrada del Consejo Científico al amanecer. Los vigilantes le conocían y no era caso registrar su bólido por si iba alguien con él. El ingeniero era una autoridad y no había nada anormal en que acudiera a tales horas.

Cruzada la verja, Vake llevó su bólido hasta el edificio de techo plano donde se encontraba el laboratorio de transportación de materia. Allí, Vake

abrió primero la puerta, miró en derredor y luego descorrió la tapa de su portaequipajes, apareciendo Carl Costak.

—¡Entre rápidamente!

—¿Hay alguien?

—No —contestó Vake.

Al mismo tiempo, Vake sacaba un aparato de reacción individual, que podía colocarse fácilmente a la espalda, y que debía utilizar para salir del Consejo Científico, una vez el presunto suicida hubiese desaparecido en lugar suyo.

Vake lo había calculado todo meticulosamente. Los vigilantes de la entrada que le vieron llegar no le verían salir. En su grabadora de control dejaría registrado su «viaje» a NGTM-5. Luego, cuando Carl Costak se hubiese ido, él escaparía con el reactor individual y ya nada más volverían a saber de él, creyendo todos que había muerto en la experiencia.

Vake volvió a cerrar su bólido y entró en el laboratorio. Presionó los botones de acceso y, acompañado de Carl Costak, quien lo miraba todo con intensa curiosidad, por no haber estado jamás en un lugar tan extraordinario como aquél, llegaron hasta donde se encontraba todo el material dispuesto para ser enviado a los confines de la Galaxia.

En el centro del laboratorio había algo parecido a una cabina o módulo ovular, rodeada de planos metálicos de extraño diseño.

—¿Qué es eso? —preguntó Carl.

—La transportadora de energía y materia perfeccionada por mí. Los núcleos «intensores» de que le hablé van colocados en las cápsulas de plomo que lleva debajo. Son cinco. Son de uranio. Pero deberían ser de energio.

»Todo cuanto ve aquí está contenido dentro de la transportadora general. En cuanto ponga en marcha el dispositivo de generación, todo éste centro quedará envuelto por triple protección electromagnética… Usted, esa transportadora, el laboratorio móvil… Todo esto que ve situado aquí.

—¿Y desapareceremos todo esto y yo juntos?

—¿Para reaparecer en NGTM-5?

—Sí.

—¿Y está todo preparado?

—Sí.

—Pues no perdamos tiempo, ingeniero Dossen. Vamos al grano.

—Quería explicarle algunas cosas. Pero ¿para qué? Tiene usted razón. Abreviemos. De todas formas, en el laboratorio hay fórmulas y textos que, si fuese usted físico, podrían servirle. No sería disparatado que consiguiera usted regresar, el laboratorio y suficiente tantalato de energio para que la ciencia pudiera utilizarlo en el perfeccionamiento de estos ingenios.

—¿Cree que tendré vida para ello?

—No lo sé. Pero, si la tiene, inténtelo al menos. Su sacrificio podrá servir de algo.

Vake Dossen, pese a su cobardía, era humano.

Los dos hombres se estrecharon calurosamente las manos.

—Le deseo suerte, ingeniero Dossen.

—Yo… No sé qué decirle, Carl… Gracias y que muera sin sufrir… Sitúese junto a la transportadora… Adiós.

Vake retrocedió y conectó los mandos de energía general. Luego, abandonó el laboratorio, donde empezó a producirse un singular proceso de «desintegración» física de la materia.

CAPÍTULO II

La físico de veintiséis años, Nedy Ogral, fue a darse un baño, para tonificarse. Estaba preocupada e inquieta. Aquella mañana había tenido una escena muy desagradable con su jefe, el ingeniero Raikwer, por quien ella había sentido hasta aquel momento una extraordinaria admiración profesional.

La admiración de Raikwer hacia Nedy era distinta.

Él la abrazó de súbito, pretendiendo besarla. Nedy se alarmó, empujó a su jefe y se sobresaltó al ver el brillo de los ojos de él.

No ocurrió nada más. Raikwer retrocedió y abandonó el laboratorio.

Fue un incidente nada más. Pero el mundo irreal y científico en el que vivía inmersa Nedy se desmoronó. En días sucesivos habría de volver a ver a Raikwer. Tendría que existir una explicación, algo. Él debería disculparse o justificarse, puesto que lo suyo fue un acto incalificable.

Gret Raikwer tenía cincuenta y seis años. Podría ser el padre de Nedy. Y aunque fuese viudo, entre ambos no existía más vínculo que el estrictamente profesional. La más absoluta corrección fue siempre la norma de su conducta.

¿Por qué había hecho aquello?

Sí, Nedy era mujer. Se vio a sí misma ante el espejo del baño, mientras el agua caliente humeaba en la bañera de «niquerita». Se había quitado la ropa de «berilflex» y se contempló con atención.

Era joven, bonita, esbelta, bien proporcionada. No cabía duda. Una figura femenina capaz de atraer a cualquier hombre, aunque nadie se hubiese fijado en ella hasta entonces, excepto su jefe… ¡Y Gret Raikwer era casi un viejo!

Sintió ganas de llorar y se metió precipitadamente en el baño. Alcanzó las sales espumosas y se frotó con ellas. A los pocos minutos estaba envuelta en espuma rosada y tonificante.

La tibieza del agua, la espuma, la relajación y el deleite hicieron que, poco a poco, la desagradable impresión recibida aquella mañana empezase a desvanecerse.

Por extraña asociación de ideas, llegó incluso a pensar, en alguien a quien no había vuelto a ver en muchos años y que, una vez, le causó una singular impresión. Hacía pocos días, casualmente, había vuelto a oír hablar de Vake Dossen, debido al hallazgo del tantalato de energio en NGTM-5

Nedy había colaborado en el sondeo radioscópico realizado a requerimiento del Consejo Científico de Mank. Un trabajo aislado el suyo,

consistente en analizar una placa impresionada por el radioscopio. Su informe fue enviado a Vake Dossen, seguramente. Y era positivo. Efectivamente, la placa reveló la importante existencia de tantalato de energio, la materia todavía desconocida por la ciencia.

Y Nedy sonrió tristemente al recordar que besó el impreso de plástico —papel de acetato— antes de cerrar el sobre. Su beso llegaría a manos de Vake Dossen.

Fue una niñería… Como, posiblemente, lo fue también el acto impulsivo de su jefe al abrazarla de improviso.

Después del incidente, Nedy había permanecido en el laboratorio, hasta la hora de salida. Gret Raikwer no volvió. Y cuando ella salió al exterior, su bólido tampoco estaba en el «parking».

Nedy pensó que debía estar más agitado que ella. Comprendió, o intentó hacerlo, la lucha interior de Raikwer hasta llegar al momento de exteriorizar sus sentimientos de aquel modo.

Pero el baño sentó muy bien a Nedy Ogral. Al salir de él y envolverse en la fina y suave toalla, sonrió, diciéndose:

»Mañana, el señor Raikwer me presentará sus disculpas. Estoy segura… ¿Y si le llamo por visófono? Se sentirá aliviado. Intentará decirme que me quiere y yo debo hacerle ver la gran diferencia de edad que nos separa. No es que eso sea un obstáculo, claro. Pero yo no le amo. Es un hombre prudente y comprenderá. Eso es lo que haré».

Terminó de secarse. Tomó su bata corta y se la puso. También se vistió los «pants» o calzones.

Y fue cuando estaba terminando de colocarse las sandalias de «lurydeck», cómodas, flexibles y modernas, que sintió el extraño hormigueo en su cuerpo.

Rápida e instintivamente, se puso en pie. Se vio de nuevo en el espejo. ¡Y un grito de terror ascendió a su garganta, sin llegar a salir al exterior!

Su figura estaba desvaneciéndose, desapareciendo, volatilizándose.

Incluso su mente pareció abandonarla de pronto.

Ella, su ser, su baño, su espejo… todo se borró al mismo tiempo que su consciencia. Luego, un segundo después, el cuarto de baño estaba vacío y cerrado por dentro.

Nedy Ogral y su ropa puesta desaparecieron. Allí sólo quedó la toalla, el vestido de «berilflex» que había llevado puesto antes de bañarse, el agua y la espuma rosada.

Pero ¡ella no estaba!

Y fuera, en el salón, el zumbido del visófono empezó a sonar. Era el ingeniero Gret Raikwer quien llamaba.

Nadie le contestó.

* * *

Del mismo modo como había desaparecido, Nedy Ogral, vistiendo la bata corta, color ceniza y los «pants» amarillos, se encontró, de pronto, en un lugar extraño, de arquitectura incomprensible y disparatada, bajo una intensa luz blanca que iba apagándose lentamente.

La luz terminó por quedar convertida en un puntito luminoso.

Pudo ver una espaciosa nave circular, con numerosos túneles, si es que podían llamarse así aquellas oquedades que parecían perderse en sinuosos recovecos.

La arquitectura que tanto le maravilló estaba en los arcos del techo, en las máquinas, o lo que fuese, que habían en la nave circular, en las formas insólitas de los objetos allí existentes y cuya utilidad o servicio ignoraba por completo.

Sin embargo, una especie de mesa o trípode central, que sostenía una extraña forma de metal intensamente blanco, atrajo su atención. Se acercó y dio dos vueltas en torno a ello. Estaba rodeado de un tablero con ranuras y botones. Cada ranura tenía un extraño guarismo y éste se repetía en una ranura.

Lo más extraño de cuanto vio fue una inscripción, en su propio lenguaje, que rezaba: «Instrucciones».

Y bajo este rótulo había un botón.

Nedy se atrevió a tocarlo.

En el mismo instante, la forma de metal blanco vibró, adquiriéndose una coloración paulatinamente rojiza. Se oyó un zumbido en algún lugar de la sala circular.

Luego, ante el asombro de Nedy, una voz surgió de alguna parte, o de todas a la vez, hablándole en su propio lenguaje:

—Sea bienvenida al control de mando de M'gaypú. Ha sido usted elegida para sustituir a su antecesora, Derna Robles, ya licenciada y devuelta a la Tierra. Dentro de diez mil años, si ha cumplido bien, será devuelta usted también. Sólo en caso de muerte o enfermedad, podrá usted abandonar este mundo. De no ser así, gozará del privilegio de vivir diez mil años y regresará usted a La Tierra con la misma juventud que ahora posee. Irá acompañada de una gran fortuna que le permitirá disfrutar de la vida y gozar de cuanto hayamos podido privarla.

»¿Nos comprende usted, señorita Ogral?

—No…, ¡no entiendo nada! —exclamó Nedy, aturdida—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me han traído aquí? ¿Dónde me encuentro?

—Está usted en el control de mando de M'gaypú. Éste es el mundo que ustedes conocen como NGTM-5, la fuente de la energía pura. Nosotros no somos seres humanos, sino máquinas o robots, como nos llaman ustedes.

Fuimos construidos para vigilar y proteger esté planeta que, le repito, es la misma fuente de la energía de la Galaxia.

»Aquí tenemos grandes depósitos de lo que ustedes llaman energio o sea la combinación estable y estática de la materia y la antimateria. Nosotros nos ocupamos de mantener un equilibrio constante entre los mundos de la Galaxia. Ésta es nuestra ancestral misión. Si no lo hiciéramos así, terminaríamos por desaparecer, faltos de energía, y la Galaxia se desuniría, disgregándose los sistemas por el Universo y siendo captados por el magnetismo de otras galaxias.

»Nosotros y nuestras líneas de estabilización, que se controlan desde donde se encuentra usted, logramos el equilibrio casi completo, distribuyendo la energía donde es necesaria para la vida y el desarrollo, y recuperándola de sistemas inútiles.

»En el Universo no estamos solos. Hay millones de sistemas como el nuestro, regidos por seres de razas totalmente distintos a la humana.

»Quizás no ignore usted que el ser humano, el «homo sapiens» en su constante evolución, no ha tenido siempre el mismo aspecto que tiene ahora, puesto que se trata de un ser cambiante o mutante. En estos cambios influye el medio en que habita.

»Sin embargo, en nuestra Galaxia el hombre, como ser principal, creado por Dios, ha vivido mucho más tiempo del que ustedes suponen, por lo que su origen se remonta casi a los mismos orígenes de la consolidación de esta Galaxia.

»Lo que han estado cambiando también son las civilizaciones, de las que han existido muchas más de las supuestas. Y nosotros somos, precisamente, la obra de una primitiva civilización, ya diluida y transformada, de la que descienden ustedes.

—¡Esto es increíble! —exclamó Nedy, atónita.

—Debe Creerlo porque es cierto. El hombre primitivo, que vivió hace cientos de millones de siglos, no era como son ustedes ahora, aunque ya era hombre y creado por Dios. Su primera civilización fue enorme. Pero sucumbió, víctima de su propia grandeza. Los escasos supervivientes, diseminados por los mundos de la Galaxia, se adaptaron a nuevos ambientes y llegaron a olvidarse de M'gaypú, lo que significa «origen de todo».

»Nosotros nos hemos ocupado de cumplir los mandatos inmutables y hemos traído siempre a la persona que debe cuidar del control de mando para que la energía llegue a su destino.

—¿Cómo… lo hacen?

—Empleamos un antiguo procedimiento de desintegración e integración simultáneo. Y la energía que sacamos de aquí llega instantáneamente al astro o planeta que la necesita, de acuerdo con las leyes

de equilibrio universales.

—Pero ¿quiénes son ustedes?

—Máquinas. Ya nos verá usted. Estamos colocadas en distintos lugares de M'gaypú y cumplimos funciones distintas. Somos máquinas técnicas, máquinas obreras, máquinas-soldados, máquinas-pensantes, etc. Cada una de nosotras está creada para una misión distinta.

»Y, como somos máquinas, debe dirigimos un ser humano. Durante diez mil años, Derna Robles ocupé el puesto que usted tiene ahora. Cumplió bien su misión. Ahora ha vuelto a La Tierra y a la misma época de la que salió. El tiempo, por lo tanto, no ha transcurrido para ella.

»Con usted ocurrirá lo mismo.

—¡Eso no puede ser! ¡Si estoy aquí no podré estar allá! ¡Si M'gaypú es lo que nosotros conocemos como NGTM-5, cientos de años luz de distancia nos separan! ¿Cómo me han trasladado hasta aquí? ¿Cómo puedo estar aquí y volver allá al mismo tiempo en que salí?

—Todavía no comprende usted estas cosas. Ya las irá comprendiendo. Nosotros, las máquinas-parlantes, se lo explicaremos. Conocemos perfectamente el lenguaje que utilizan ustedes en La Tierra.

»Para responder a una de sus preguntas, le diré que el concepto de tiempo que tenemos aquí no es igual al de ustedes. Nosotros estamos en el pasado, en el presente y en el futuro al mismo tiempo. Eso que parece imposible es aquí posible. El tiempo está a nuestro servicio y podemos movernos por él a voluntad, cruzando del futuro al presente o al pasado, como se cruza una puerta abierta.

—¡No puede ser!

—Lo es. Pronto lo verá. Ahora, voy a explicarle cuál es su obligación. El control de mando es automático. Funciona inalterablemente desde que se construyó hace cientos de millones de siglos.

«Sin embargo, la primera de las leyes del hombre fue que el robot debía estar siempre a su servicio. ¿Y a quién podemos servir nosotros, si no tenemos a nadie?

»Era necesario, pues, conservar aquí una representación auténtica de la raza humana, en cualquiera de sus ramas más civilizadas. Aunque se olvidó la antigua ciencia que nos creó, ustedes están llegando ahora, en el siglo en que viven, a una civilización supertecnológica semejante a la que nos creó. Por ese motivo recurrimos a ustedes. De la misma época suya es Derna Robles.

—¿Han tomado ustedes siempre de nuestra época a las personas que necesitaban para venir aquí?

—Sí, efectivamente. Es la época más avanzada con qué podemos contar.

—¿Por qué no fueron a buscar seres de ese pasado tan avanzado que les

creó y nos dejan a nosotros en paz?

—Es la misma inteligente pregunta que nos hicieron Derna Robles y sus tres antecesoras. Y quiero contestarle del mismo modo —siguió diciendo la voz robótica—. Ellos fueron creadores geniales e hicieron esto. Traerles para servir a las máquinas que ellos mismos hicieron es imposible. Las obras perfectas no pueden ser superadas. Esto obedece a una ley también inalterable. Sólo los descendientes de nuestros creadores pueden modificarnos. Para esto, sin embargo, es preciso ser mejores de lo que ellos fueron.

»El progreso es así. Destruir una obra perfecta, o casi perfecta, para hacerla imperfecta nos haría retroceder en vez de avanzar. Y por encima del interés personal está el interés del supremo destino del hombre.

»Nosotros podemos ir al pasado, pero así no progresaríamos, porque la antigua civilización llegó hasta nosotros. De aquí no pasó. Superar lo que hicieron los hombres de M'gaypú les corresponde a ustedes.

—¿Y el futuro? —preguntó Nedy—. ¿Por qué no van en busca de seres de otra época futura a la nuestra?

—Conocemos ese futuro y puedo asegurarte que estamos llegando a lo que llamamos «ciclo regresivo» que ya se ha iniciado realmente. La sociedad tecnológica ha culminado un ciclo de treinta siglos y ha empezado una regresión catastrófica en la que, poco a poco, por medio de guerras espantosas y terribles, volverá la humanidad a sus más lejanos principios.

»Los hombres que componen las distintas razas están ya al borde mismo de lo que se ha de llamar la Gran Guerra de los Mundos, en la que se aniquilarán planetas enteros. El destino ha querido que sea usted la encargada del control de mando de M'gaypú durante este trágico período que se avecina. Su labor será, pues, ingente. Nosotros no somos más que máquinas y no podemos intervenir a favor ni en contra de los seres humanos. Usted debe hacerse cargo del control de M'gaypú y estudiar los procesos técnicos que Derna Robles ha dejado grabados para usted en los condensadores de memoria.

»Deberá sentarse ante el tablero de estudio y colocarse las antenas de recepción de programas. Todo está preparado ya.

—¿Y por qué no se quedó esa mujer hasta que llegase yo? ¿Por qué, además, me han elegido a mí?

—Todas las preguntas le serán contestadas en la grabación dejada por Derna. Era preciso utilizar la energía doble, de ida y vuelta, llevándola a ella y trayéndola a usted al mismo tiempo. No hay otro sistema. Fue creado así para conservar la continuidad. En cuanto a la razón de haberla elegido a usted, es de suponer que Derna Robles se lo dirá.

—¿Y no puedo negarme a ocupar este puesto?

—No puede usted.

—¿Quién va a obligarme a permanecer aquí, contra mi voluntad? —preguntó Nedy, empezando a sentir una terrible furia.

—Nadie. Pero no tiene otra salida.

Nedy miró en derredor. Luego, echó a correr hacia uno de los pasillos. Pero, al llegar a lo que consideraba la salida, se encontró con un invisible muro magnético que le impidió avanzar sin causarle daño. Los otros pasillos estaban bloqueados también. Hubo de reconocer que se encontraba atrapada dentro de aquella singular sala, de vastas dimensiones.

Mientras intentaba buscar una salida, la voz robótica había permanecido en silencio. Sin embargo, cuando Nedy se detuvo, desorientada y desalentada, de nuevo volvió a escuchar la voz, que ahora parecía más humana.

—Ya ve que es imposible salir de aquí. Pero no se preocupe. Luego podrá hacerlo. Este mundo le pertenece por entero. No hay aquí más ser humano que usted. Tendrá tiempo sobrado para recorrer todo lo que hicieron los seres primitivos de M'gaypú, cuyos museos podrá contemplar y admirar. La historia de numerosas civilizaciones humanas está aquí.

El pensamiento de permanecer sola, rodeada de máquinas extrañas, sobrecogió a Nedy.

—¡No lo resistiré!

—La existencia aquí tiene más alicientes de lo que parece. El tiempo dejará de contar para usted.

—Pero ¿quién eres? ¿Dónde estás?

—Soy una máquina parlante y puede preguntarme usted lo que quiera. Tengo información completísima de todo. Fui creada para informar y no estoy sola. Hallará usted muchas máquinas parlantes por todo este vasto mundo.

»Todas las máquinas están a su servicio. Sólo tiene que ordenar y será servida. Satisfaceremos sus más insignificantes deseos y alimentaremos su cuerpo y su espíritu.

»El haberla elegido soberana de M'gaypú es un privilegio.

—Y, habiendo tantos millones de seres en La Tierra, ¿por qué he sido elegida yo?

—Eso se lo dirá Derna Robles.

—¿Cuál es el condensador de grabaciones? —preguntó Nedy, mirando en derredor.

—Es la máquina que tiene la pantalla oscura. Está protegida por una cúpula transparente, cuyo acceso le será franqueado por influjo de proximidad que acciona una célula fotoeléctrica. Está a su derecha.

Nedy se volvió. Vio entonces la cúpula transparente y la complicada máquina que había en su interior.

Efectivamente, al acercarse, parte del acero transparente de la cúpula se

descorrió, permitiéndole entrar en la cabina. Ante la máquina y la pantalla había una silla metálica. En el tablero frontal vio un pulsador brillante y un rótulo que decía: «Aprieta aquí».

Nedy vaciló antes de sentarse. Observó que la puerta se había cerrado y estaba completamente aislada dentro de la cúpula.

Suspiró, se sentó y optó por presionar el pulsador. Esto hizo que a los pocos segundos se iluminase la pantalla negra y apareciera el semblante sonriente, en relieve perfecto y maravilloso, de una mujer rubia, de ojos grises, labios finos y bien dibujados, que la saludó inclinando la cabeza.

—Bienvenida a M'gaypú, hija mía.

Derna Robles tenía un extraordinario parecido con Nedy Ogral, y no aparentaba más de veinticinco años.

CAPÍTULO III

Era lo más portentoso que le había ocurrido a Carl Costak en su pobre y decepcionada existencia. Jamás había podido imaginar que alguien pudiera desvanecerse en un lugar y aparecer en otro.

Ahora se encontraba en un impresionante paisaje, bajo un cielo tan azul como el de La Tierra, rodeado de altas y abruptas cumbres grises y pardas, envuelto en silencio y soledad.

¿Qué lugar era aquél?

Sabía, porque Vake Dossen se lo había dicho, que permanecería algunos meses «desintegrado» y viajando en estado de materia pura por el espacio, para luego integrarse al mismo tiempo que el laboratorio y todo cuanto había en él.

Y, efectivamente, allí estaba, a su lado, todo cuanto vio en el lugar donde le llevó Vake. La transportadora de materia, con su extraña y complicada forma entre ovular y lenticular, se había materializado a la vez que él.

Primero, Carl se miró las manos y luego los pies. Se tocó el cuerpo y la cara. Estaba intacto. Esto le hizo suponer que la máquina enviada por Dossen debía estar también intacta. Y esto le hizo pensar en que aquella máquina era lo único que le unía con su mundo. Sabiéndola manejar, podría regresar a La Tierra.

Pero también acudieron sus pensamientos anteriores. Estaba perfectamente igual que antes… ¡Incluso con su enfermedad mortal en el cuerpo! Lo que fue incapaz de precisar era el tiempo que había permanecido «desintegrado». No tenía reloj y era incapaz de saber en qué día se encontraba.

—¡Por cien mil diablos! ¡Esto parece uno de esos parajes de montaña como los que se ven en las proyectoras de imágenes!

El terreno en donde se encontraba Carl era áspero, lleno de piedras porosas e irregulares, como si fuesen restos de fundición y no de origen volcánico, como ciertos picos de los próximos montes parecían indicar.

Carl se acercó al laboratorio enviado junto con la transportadora de materia. Había sentido, de pronto, algo insólito en él. Y se trataba de un terrible apetito que no supo, de pronto a qué atribuir, excepto a que debía llevar, «desintegrado», bastante tiempo sin comer.

Por suerte, Vake Dossen, al hacer los preparativos de «traslado», tuvo en cuenta aquella necesidad física y colocó en el laboratorio gran cantidad de provisiones de primera necesidad y algunos caprichos elementales.

Carl encontró la despensa y tomó algunos emparedados. Hacía tiempo,

debido a su precario estado de salud, que no comía con tanto apetito. Incluso bebió dos pequeñas botellas de vino espumoso y tomó café.

Mientras comía, estuvo contemplando los alrededores, sin saber qué hacer ni qué decidir. Al fin, optó por subir a una de las cumbres, eligiendo una de, al parecer, fácil acceso.

Tal vez desde ahí arriba pueda ver algo interesante. Este mundo parece enteramente desierto. Al menos, en lo que puede juzgarse desde aquí. Y lo asombroso es que la atmósfera sea respirable y pura… ¿Qué clase de mundo es este? ¿Dónde he ido a parar? Creo que no tiene objeto sentarse aquí y esperar que llegue el momento de morir.

»¿Y si busco el mineral de que habló el ingeniero Dossen? La transportadora puede enviar el… ¿Cómo dijo que se llamaba? ¡Ah, sí, energio! El detector está ahí. Sólo tengo que girar el conmutador y luego seguir la dirección de la aguja, escuchando el sonido de localización… ¡Vamos a ver! ¡Caramba, hacía tiempo que no me sentía tan bien como ahora!»

Carl entró de nuevo en el laboratorio. Dossen le había explicado el sencillo funcionamiento del detector de energio. Junto con el aparato habían herramientas especiales para arrancar el mineral.

Así, Carl se cargó al hombro el aparato y las herramientas y salió. Conectó el detector y pronto vio moverse la aguja en dirección a una escarpadura.

«¡Diablos! Parece que ya hemos encontrado lo que buscamos. Esas montañas deben de ser auténticos filones de energio… La aguja señala varias direcciones, oscilando de un lado a otro… Y el «bip-bip» es intenso».

Carl se puso en camino hacia la escarpadura. No trepó ni doscientos metros. El sonido del detector se agudizó y la aguja empezó a girar locamente al detenerse junto a un muro plomizo, en un terreno que en nada parecía a lo que él había visto en los proyectores de La Tierra.

«¿Habré encontrado ya un filón de energio?»

Por curiosidad, Carl tomó una piedra, del mismo color del muro, ¡y su sorpresa fue enorme al sentirla caliente y pesada!

«Esto se ha desprendido de la pared… ¿Qué clase de mineral es éste? ¡Diría que tiene una temperatura de más de ochenta grados!»

Hubo de soltar la piedra porque sus dedos no resistieron el calor. Tomó otras piedras y todas poseían las mismas características. Fue después, al utilizar una de las herramientas electrónicas para partir una piedra, cuando se produjo un fuerte chisporroteo que le hizo saltar de espaldas, cayendo al suelo, al creer que se iba a producir una explosión.

Se levantó con desacostumbrada agilidad y miró la piedra que intentó partir. Había perdido ésta su coloración plomiza y ahora aparecía como un

ascua de carbón encendido.

«¡Por todos los infiernos! —masculló Carl—. ¿Qué clase de mineral es éste? ¡He intentado partir la piedra y se ha encendido como si tuviese fuego dentro! ¡Habré de tener cuidado con esto, no sea que provoque una explosión y desaparezca toda la montaña!

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Carl Costak escuchó un ruido que iba en crecimiento y que le hizo mirar en derredor y luego al aire.

Vio surgir un punto brillante sobre la cima de una montaña. Luego, del objeto volador surgió como un destello súbito, y Carl se sintió dominado por una extraña sensación de vértigo, no tardando ni un segundo en desplomarse, sin sentido.

En el aire, el objeto volador aumentó de tamaño, al aproximarse, hasta definirse perfectamente su contorno. Se trataba de una especie de esfera metálica, provista de numerosas antenas cortas, muy parecido a una mina magnética submarina, de antigua fabricación terrestre.

Era tan brillante como el níquel pulimentado y su ruido era ensordecedor cuando se acercó al lugar donde yacía Carl Costak, sin sentido.

Con suavidad, el objeto fue a situarse a escasos centímetros del suelo, cerca del inconsciente terrícola. Entonces se inmovilizó y cesó su estruendoso ruido. Su tamaño era de seis u ocho metros de diámetro, sin contar las antenas.

Y las antenas inferiores empezaron a reducirse, como si fuesen telescópicas, hasta desaparecer totalmente, dejando en su lugar los agujeros circulares de donde había salido.

Acto seguido, se descorrió un rectángulo en el aparato volador que parecía estar suspendido en el aire desafiando la ley de la gravedad. Y del agujero salieron unas garras metálicas, articuladas, que se extendieron hacia el cuerpo de Carl. Eran tres barras metálicas que iban moviéndose lentamente hasta alcanzar al hombre. Entonces, las garras se fueron cerrando y atenazando a Carl de una pierna y los brazos, para levantarle del suelo y atraerle hacia la esfera.

En unos cinco minutos, Carl fue introducido en la bola metálica. Se cerró entonces el rectángulo., volvieron a surgir las antenas y luego, el objeto se remontó suavemente hacia el cielo azul de M'gaypú.

* * *

Carl Costak recobró el conocimiento sobre una plataforma blanda. Sobre él había un extraño objeto, con varios agujeros de cristal que parecían ojos mecánicos.

Recordó haber visto el objeto brillante en el cielo de NGTM-5 y nada más.

El silencio era intensísimo.

Movió la cabeza en ambas direcciones y se encontró en una sala circular, de regulares dimensiones, como un reducido circo. No había nada en torno a él, excepto aquel objeto que parecía colgar del techo. En realidad, estaba suspendido en el aire.

Carl sintió miedo. De un salto se levantó y fue hacia el muro, tocando la pared en todas partes, en busca de una salida.

—¿Dónde estoy? —gritó—. ¿Quién me ha traído aquí? ¡Dejadme salir!

—Tranquilícese usted —se oyó una voz de mujer, que parecía salir del aparato de los ojos de cristal situado sobre la plataforma blanda que había en el centro de la estancia.

Carl se volvió, sobresaltado. ¡Había escuchado una voz femenina, hablándole en su propio lenguaje!

—¿Quién es usted? ¿Dónde está?

—No debe temer nada —replicó la voz, en tono dulce—. Vuelva a situarse sobre la mesa. Le haremos otro reconocimiento. Estaba usted en precario estado. Le hemos sometido a un tratamiento y creemos que se restablecerá pronto.

—Pero… ¿quién me habla?

—No sea impaciente. Tenemos mucho que hablar usted y yo. Lo más importante ahora es salvarle la vida.

—Sí… Estoy enfermo —asintió Carl, sin moverse, junto al muro—. Lo sé. Pero ¿qué me ha sucedido?

—Lo sabemos todo respecto a usted. Hemos estudiado su mente. Sabemos que ha venido a M'gaypú por medio de una transportadora de materia. El ingeniero Vake Dossen tuvo miedo de venir aquí y le eligió a usted para sustituirle.

»Yo conocí al ingeniero Dossen y no creí que fuese capaz de una cosa así. Perdone, señor Costak. Permítame presentarme. Soy la físico Nedy Ogral y es muy larga de contar la razón de mi presencia aquí. Ni siquiera sé todavía si debo hablarle de mí.

»Desde luego, la presencia de usted en M'gaypú es algo extraordinaria y estamos buscando una solución que sea factible. Yo, naturalmente, deseo devolverle a usted a La Tierra, pero eso no es fácil.

— ¿Dónde está usted? ¿Por qué no puedo verla? —preguntó Carl, atónito.

—Muy cerca de usted. Le repito que no se preocupe y tiéndase sobre la mesa. Efectuaremos otro reconocimiento. Si ha mejorado, pronto podrá usted verme. Somos los dos únicos seres humanos en M'gaypú.

Carl pareció tranquilizarse al escuchar estas últimas palabras y se

acercó lentamente a lo que Nedy había llamado mesa y que era una superficie parecida al plástico esponjoso y que se sostenía a un metro del suelo, sin apoyo de ninguna clase, por medios antigravitacionales, al parecer, aunque Carl no estaba seguro de ello.

Antes de volverse a tender sobre aquella superficie, miró a la máquina de los ojos de cristal con recelo.

—¿Lo saben todo acerca de mí? ¿Por qué habla usted en plural? ¿Fue usted la que me trajo aquí? ¿Quién está con usted?

La voz de Nedy dejó ir una risita suave.

—¡Es usted muy curioso! Le aseguro que quedará sorprendido cuando lo sepa todo. Ahora, sea bueno y tiéndase. No se asuste de nada. Las máquinas que tengo a mi servicio no le harán daño. Vamos a reconocerle de nuevo.

—Un médico de Mank me hizo un «spectrograma» y descubrió que me quedaban pocos meses de vi…

—Lo sé, señor Costak. Su subconsciente dormido nos ha informado de todo. No se preocupe. Creo que podemos curarle. Aquí estamos más adelantados que en La Tierra. Tiéndase, por favor.

Carl obedeció y preguntó:

—¿Me desnudo?

—No es necesario… Cierre los ojos. La luz será muy intensa.

Este aviso era inútil, porque, cuando se iluminaron los «ojos» de la máquina suspendida sobre él, Carl cerró instintivamente los párpados, cegado por la extraña luz violácea de gran intensidad.

Sintió un vivo calor en su cuerpo y volvió a percibir la sensación de bienestar que le había inundado al encontrarse, no sabía cuándo, sobre la superficie de aquel singular planeta que tantas sorpresas le estaba deparando.

De pronto, mientras continuaba con los ojos cerrados, oyó de nuevo la voz de Nedy, esta vez a su lado.

Ni siquiera se había dado cuenta del hecho resultante de descorrerse una puerta, silenciosamente, y aparecer Nedy, la cual vestía ahora un singular ropaje muy sutil, color verde, amplio y vaporoso, lo que le daba un aspecto de mariposa humana.

Lo singular era el disco rojo y ovalado que Nedy llevaba a la cintura, bajo su vestimenta, y del que sobresalía numerosos pulsadores, también rojos.

Nedy estaba sonriendo al hablar:

—Ha tenido usted mucha suerte, señor Costak.

Él abrió los ojos y se volvió. Ahora, la luz violácea no irradiaba sobre él. Incluso la máquina de los ojos de cristal había desaparecido.

—¿Eh…? ¡Pero si no…!

—Tranquilícese, señor Costak —dijo Nedy, tocándole un brazo—. Ya puede levantarse. Usted ha creído que no había hecho más que tenderse y cerrar los ojos y que el tiempo no ha transcurrido en absoluto desde la última vez que le hablé.

»Permítame decirle que en M'gaypú el tiempo tiene un valor relativo.

—¿Es usted…?

—Nedy Ogral. No hace mucho yo estaba en Mank, como usted. Y trabajaba en un laboratorio físico.

—¿Y ahora está…?

—Exactamente igual que usted… A doscientos años luz de La Tierra, en un mundo que conserva la energía de nuestra Galaxia.

Carl se incorporó, quedando sentado sobre la mesa, mirando fijamente a la joven.

—¡Es increíble!

—Por muy increíble que le parezca a usted, es cierto. En nuestro mundo se ignoran todavía muchas cosas. Permítame, en primer lugar, felicitarle. Está usted curado.

—¿Curado?

—Sí. Hemos resuelto su anemia. Estoy segura de que pronto empezará a mejorar. Su enfermedad estaba muy arraigada. Pero las máquinas médicos de M'gaypú son perfectas y conocen nuestro organismo mejor que sus propios circuitos.

—¿Me han curado?

—Sí. Por favor, señor Costak. Venga usted conmigo. Quiero mostrarle algunas cosas de este mundo extraordinario. Luego, hemos de decidir sobre su suerte.

»Estamos dispuestos a devolverle a La Tierra. Sin embargo, habrá de ser borrado de su mente cuanto ha visto aquí. M'gaypú debe conservar su secreto. Así ha de ser.

Carl se puso en pie. Miró con admiración a Nedy y dijo:

—No puedo creer que esto sea cierto. Debo de estar soñando. Mi vida ha sido una sucesión de sufrimientos y, de pronto, me encuentro en el cielo. ¿No es irreal todo esto? ¿No será mi espíritu el que está aquí?

Nedy devolvió la tranquilidad a Carl, diciendo:

—Está usted vivo, curado y no está soñando, créame. Pero debe admitir que existen mundos y lugares desconocidos para la humanidad. M'gaypú es un lugar ignoto para nosotros. Y lo era para mí hasta hace poco tiempo.

»Le repito que el tiempo aquí posee un valor figurativo o simbólico. Yo estaba dispuesta a permanecer aquí diez mil años, sin envejecer, y luego regresar a La Tierra, con otra personalidad distinta a la que me traje al salir de allí.

»Y, sin embargo, la presencia de usted aquí nos ha confundido a todos.

Ya advertí que eso podía ocurrir. La ciencia posee la transportadora de materia de Oxwell, perfeccionada por Vake Dossen. Está previsto ese evento. Hace millones de siglos, otros seres descubrieron el mismo procedimiento. Gracias a ello vine yo aquí de modo instantáneo, mientras que usted ha permanecido tres meses «desintegrado» en el cosmos.

»Usted debía venir a reenviar tantalato de energio a La Tierra. No lo hará. Pero eso no podrá impedir que desde allá envíen a otros hombres con el mismo objetivo —el semblante de Nedy se ensombreció.

—Quisiera ayudarles, pero no me es posible. El energio se distribuye mecánica y automáticamente por toda la Galaxia para reforzar la materia de los astros y planetas.

»Debe saber usted que los mundos no se mueven por sí solos. Es preciso cuidar la energía que los mueve y evitar que se consuma inútilmente. No hay nada inútil en el Universo. Todo obedece a un motivo importante, aunque el hombre no sepa la razón.

—¿Por qué me explica todo esto? —replicó Carl—. No entiendo absolutamente nada.

—Bien, despreocúpese. Venga conmigo. Le mostraré mi pequeño reino.

Nedy se dirigió hacia la puerta, que permanecía abierta. Salieron a un pasillo de curiosa geometría.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Carl.

—Un corredor que nos conducirá a mi alojamiento… ¡Apártese!

Carl apenas tuvo tiempo de ladearse, quedando atónito al ver deslizarse, sin ruido, un complicado artefacto metálico, que llevaba la misma dirección que ellos.

Era una máquina voladora, sin duda, puesto que no se apoyaba en ninguna parte. Tenía planos, antenas, luces y espirales, todo confusamente distribuido, y Carl jamás había visto nada igual.

Trémulo, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Una máquina de vigilancia. Se dirige al taller a reparar. Sufre pérdida en una válvula y su eficacia es deslucida.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La máquina me lo ha indicado, al pasar a mi lado.

—¡Es usted extraordinaria! ¿Quién es usted?

Nedy, muy seria, respondió:

—Estoy tratando de decírselo. Por favor, no dude de mis palabras. Así no llegaremos a ninguna parte. Fui elegida para venir a sustituir a otra mujer. Le enseñaré esto. Puede usted quedarse una temporada, en calidad de invitado. Estamos estudiando la posibilidad de que vengan otros individuos como usted a M'gaypú.

»Debemos impedirlo, por razonamiento mecánico. Sin embargo, por razonamiento humano, yo quisiera evitar que usted se fuera.

—¿Quiere usted que me quede? —preguntó Carl.

—Soy humana y la soledad me aterra… No me juzgue mal; habría sido maravilloso encontrar aquí al ingeniero Dossen y no a usted. Siendo más joven, creo que me enamoré de él.

Pese a su asombro, Carl Costak se dijo que él también se estaba enamorando de Nedy, cuya belleza en aquellos momentos parecía ser extraordinaria, fascinante y exótica.

¡Y Carl Costak no había conocido el amor!

CAPÍTULO IV

El alojamiento de Nedy Ogral jamás habría sido superado en La Tierra por ningún monarca o magnate. Al ver la antesala, Carl Costak quedó impresionado.

Se trataba de una estancia amplia, iluminada por la difusa luz que invadía pasillos y dependencias subterráneas de M'gaypú, y decorada con un exótico gusto archifuturista de colores suaves y mobiliario útil y extraordinario.

Allí, la electrónica no parecía ejercer ningún papel, aunque esencialmente fuese el principal. Aquello era una sala de estar, «hall» o salón de recreo sin ventanas. Los cuadros diorámicos iluminados eran auténticas obras de arte sin firma y representaban paisajes de mandos desconocidos, figuras de animales y hombres de diferentes razas que debían abarcar desde el comienzo de la vida en los planetas hasta, posiblemente, algún evolucionado sujeto de siglos futuros, captado por las pantallas del porvenir.

La comodidad y el buen gusto reinaban allí en todos sus detalles. Una especie de dosel de un material desconocido y blando servía de asiento.

Nedy indicó a Carl:

—Siéntese ahí. Estará muy cómodo y puede colocarse en la postura que guste… ¡Incluso cabeza abajo!

—¡Esto es impresionante, señorita Ogral! —exclamó Carl.

—Le serviré un cordial. Mi apartamiento en Mank no era así. He ganado en el cambio.

—No lo dudo —contestó Carl, tomando asiento en el dosel y haciendo resbalar la mirada en derredor.

Nedy fue hacia un aerodinámico mueble de estilizada línea, en color azul claro, donde movió un ala, dejando al descubierto un rimero de frascos de todos colores armonizado perfectamente con el mueble, el cual no era metálico, ni de madera, sino de un material completamente desconocido.

—Le he dicho antes que debe usted creer todo cuanto le diga. No tengo interés alguno en mentirle. Cuando marche usted de aquí, olvidará cuanto ha visto u oído —habló Nedy—. Sin embargo, muchas de las cosas que puedo contarle, no son fáciles de creer.

—¿Por ejemplo? —preguntó Carl, mirando fijamente a Nedy.

—Un ejemplo está en usted mismo. Indiscutiblemente, su enfermedad le habría matado en poco tiempo. Las máquinas que le examinaron lo descubrieron y diagnosticaron el remedio. ¿Qué tratamiento le han dado? No lo sé. Rayos curativos y regenerativos, creo. Me han dado unas

fórmulas que no he podido comprender.

»Pero hay más. Yo estaba en mi apartamiento de Mank, vistiéndome después de un baño, y me disgregaron, haciéndome venir aquí instantáneamente. Fui elegida por una persona que… ¡todavía no ha nacido!

Carl abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. Se trata de mi propia hija —contestó Nedy, acercándose al estupefacto Carl, con una bandeja y dos vasos, en los que había vertido un líquido verdoso—. Sí, no se extrañe. Yo tendré una hija, no sé cuándo. En su vida futura será elegida, tampoco sé cómo, para venir aquí. Deberá permanecer diez mil años encerrada en este lugar. Luego, me buscará a mí en el tiempo, y me hará venir a sustituirla.

—Pero… ¡eso es imposible! ¿Cómo puede permanecer aquí una persona durante diez mil años, y cómo puede ser que aún no haya nacido?

—No trate de comprenderlo, señor Costak —replicó Nedy, sentándose al lado de su huésped—. Yo tampoco lo entiendo. No hay explicación plausible, excepto la que me dio a mí mi propia hija.

—¿Está usted casada?

—No. Ni he tenido ninguna hija. Se supone que la tendré. Pero no es eso. La explicación es la siguiente. El tiempo, tal y como nosotros lo conocemos, con pasado, presente y futuro, es una utopía. El pasado puede encontrarse en el presente y en el futuro, al mismo tiempo. Lo mismo ocurre con el futuro, que puede estar en el presente y en el pasado. Por esa misma razón, nosotros podemos estar en el presente, en el pasado y en el futuro al mismo tiempo.

—¡Eso es imposible!

—No lo es. Matemáticamente, está demostrado.

—¡Es una quimera matemática, una utopía!

—No diga eso, señor Costak. Yo puedo enviarle a su infancia, al mismo lugar donde estuvo usted en un momento determinado. Y desde aquel momento, dejarle vivir hasta el presente. Usted olvidará todo cuanto ha sabido después.

—¿Y viviré del mismo modo que he vivido?

—No. ¿Por qué ha de ser así?

—Si eso fuese cierto, se alteraría todo cuanto yo he hecho después.

—Se alteraría todo lo que usted ha hecho en estado actual, pero no en pasado ni en futuro —Nedy sonrió encantadoramente.—. Es cuestión de dimensiones. Nuestro error está precisamente por contar el tiempo y el tiempo es algo que no se deja contar, que no se puede contar, porque el tiempo no tiene tiempo.

»¿Es capaz usted de imaginar la existencia sin tiempo?

—No, indudablemente —replicó Carl Costak, empezando a sentir aturdimiento por cuanto estaba oyendo.

—Ni yo tampoco. Pero es así. Atienda, señor Costak. M'gaypú es un mundo sin tiempo. Es un mundo físico. Existe. En relación a nosotros, tuvo su origen hace millones de siglos, y aquí vivió una raza que habitó bajo tierra. Creo que la atmósfera fue agotada. Y, sin embargo, vuelve a tener su atmósfera. Por lo tanto, no sé si estamos en el pasado o en el futuro.

»Aquí, simplemente, estamos.

—¿Y no podemos estar al mismo tiempo en otra época y ser nosotros mismos?

—Sí. Eso es lo que he tratado de explicarle —contestó Nedy—. Puede que estemos en distintas dimensiones a la vez, pero desconectadas las personas de un mismo ser entre sí.

—¡Incomprensible! —exclamó Carl.

—Más incomprensible es admitir que las cosas existen también en distintas dimensiones… ¡Y puede que, en otra época y en dimensión distinta, estemos también usted y yo hablando de otras cosas, o de éstas!

—¿Quiere usted volverme loco, señorita Ogral? —preguntó Carl.

—No es ése mi propósito. Trato de explicar lo inexplicable. Así me lo han dicho a mí y no he tenido más remedio que admitirlo. Por lo tanto, ignoramos dónde y cuándo estamos.

Carl no respondió. Se puso en pie y se plantó delante de Nedy, mirándola como quien mira a un bicho rarísimo.

—Sé lo que está pensando —dijo Nedy.

—¿Qué? —inquirió él.

—En que no me cree.

—Acertó.

—Dejemos, pues, las cosas como están. Veamos los hechos —Nedy dejó su vaso sobre un pedestal que surgió de alguna parte, al conjuro de su deseo—. Usted se colocó al lado de un científico terrestre y le sustituyó para venir aquí. Eso no habla muy elogiosamente del ingeniero Vake Dossen.

—Cierto —admitió Carl.

—Usted sabía que iba a morir y se prestó a suplantar a Dossen.

—Sí.

—En La Tierra creen que NGTM-5, o sea M'gaypú, está deshabitado. Y saben que este planeta contiene una gran cantidad de energio.

—Efectivamente. Eso es.

—Por tal motivo, usted ha venido a morir aquí, pero dispuesto a reenviar a La Tierra energio en la transportadora de materia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo en todo.

—Mi respuesta es la siguiente: usted volverá a La Tierra y a su época,

pero no enviará energio a ninguna parte por el procedimiento que pretende el Consejo Científico de Mank. En La Tierra no necesitan el energio absolutamente para nada.

»En principio, cuando se formó la Galaxia, por condensación de materia y antimateria, el energio estaba confusamente disperso por todos los mundos. Los primeros seres humanos que vivieron aquí llegaron a una civilización muy avanzada. Ignoro si procedían de otra Galaxia en extinción, pero es probable que así fuese. Las galaxias nacen y mueren como los mundos, pero en número infinitamente mayor de siglos.

»Fueron aquellos primitivos seres, por conocimiento o por instinto, los que crearon este centro control de energía cósmica. Aquí está la clave del cosmos reducido a nuestra Galaxia.

»Sé que hubiésemos desaparecido hace millones de siglos si este centro control no hubiese funcionado perfectamente, distribuyendo equitativamente la energía que necesitan los mundos para su evolución y encadenamiento.

»Nada está hecho por capricho. El Sumo Creador, artífice infinitamente grande, es el Supremo Sabio que dio al hombre, su siervo, una misión técnica que cumplir. El hombre no está hecho en los mundos por puro capricho, ni por vanidad. Tiene una misión que desempeñar.

»A todo esto se le llama la clave cósmica.

—Eso creo comprenderlo. Yo siempre he creído que todos y cada uno de nosotros venimos al mundo con un destino que cumplir, con una finalidad preestablecida, con un sino.

—Exacto —dijo Nedy—. No sólo los seres inteligentes, sino también los animales y las cosas. Todo está relacionado entre sí. Todo está ligado a través de lo físico y lo metafísico, lo que vemos y lo que no vemos, el pasado, el presente y el futuro. Ni siquiera hay un eslabón suelto, aunque la naturaleza parezca, a veces, que hace las cosas sin sentido. Todo tiene un sentido, aunque nosotros no seamos capaces de verlo.

—De acuerdo en eso.

—Entonces, volvamos al asunto del energio. Somos nosotros quienes conocemos el consumo de energía que se produce diariamente, pongo por ejemplo, en nuestro lejano Sol; energía que, por medio de radiaciones, llega hasta la Tierra y los demás planetas, en forma de energía solar.

»¿Qué ocurriría si el Sol consumiera su energía y no encontrase repuesto? Yo se lo diré. Dejaría de enviar a La Tierra sus rayos y la vida sobre nuestro planeta se modificaría o dejaría de existir.

«Exactamente lo mismo ocurriría con otros sistemas de la Galaxia. Y es misión nuestra que eso no ocurra. Nosotros controlamos aquí la cantidad de energía que necesitan los soles y los planetas de la Galaxia, y les estamos suministrando continuamente, según sea su necesidad creciente o

decreciente, porque sabrá usted que hay soles que crecen y otros que decrecen. Ése es el modo de que no se produzcan desequilibrios cósmicos.

»Todo cuanto le he dicho es matemática pura. Máquinas especiales de cálculo registran continuamente la Galaxia. Disponemos aquí de cientos de millones de computadoras inalterables que verifican el consumo de energía, como una ama de casa comprueba y administra las provisiones energéticas y caloríficas de su familia.

—Empiezo a comprender —admitió Carl—. Y, por ese motivo, no pueden permitir que en La Tierra se excedan en la obtención del energio.

—Exactamente. Ellos están perfeccionando la transportadora. Mejor dicho, ya disponen de energía suficiente para transportar la materia que precisan de un lugar a otro. Y lo pueden hacer, porque cumplen una función evolutiva. Pero no pueden desequilibrar su propia energía. Saben controlar el átomo y han llegado a desentrañar los orígenes de la materia. Pero la energía es cosa muy distinta y nosotros debemos cuidar de nuestra reserva, que no pertenece a La Tierra ni a esta época.

—Para mí está claro, aunque no comprenda cómo pueden ustedes saber la energía que necesita un planeta o un astro.

—Lo sabemos perfectamente. Todo obedece a leyes descubiertas hace millones de siglos. Sabemos también cuándo se terminará nuestra energía y cuándo será preciso abandonar ciertos mundos moribundos para trasladarse a otros más centrales.

»Los mundos muertos terminan dispersándose. La vida es centrípeta y la muerte es centrífuga. El centro de todo es la energía. Y nosotros estamos en el mismo centro, rodeados de tantalato de energio en estado inerte, que el magnetismo propio del energio se va llevando, en forma de polvo finísimo a las altas capas de nuestra atmósfera protectora, y la electricidad cósmica atrae desde los mundos más distantes.

»Por otra parte, la presencia de usted en M'gaypú, nombre que significa «origen de todo», no ha sido una sorpresa. Se le estaba esperando tal vez desde siglos, puesto que las máquinas de control de tiempo y espacio registraban esta intromisión.

—¿Y tenían estudiado ya lo que iban a hacer conmigo?

—Sí. Iban a devolverle a su mundo en las mismas condiciones en que llegó. Fui yo la que me opuse.

—¡Vaya, he ahí el poder del hombre sobre la máquina!

—Exactamente. El ser humano la controla. Por eso la máquina está obligada a obedecer. Y yo supe que estaba usted enfermo de muerte. Por eso decidí curarle antes de devolverle a su mundo.

Carl se sintió emocionado y no supo qué responder.

* * *

Entraron en lo que podría ser llamado un comedor de siglos muy futuros. La decoración era muy semejante a la del vestíbulo, pero en todo se notaba un ambiente distinto.

Allí la mesa no existía. En cambio, había unas sillas extraordinariamente cómodas, de respaldo ortopédico ajustable, en las que se sentaron Carl Costak y Nedy Ogral, a indicación el primero de ésta última.

—¿Tiene apetito?

—Mucho. Y, cosa extraña, antes apenas comía.

—Me alegro. Ése es indicio de recuperación. Siéntese ahí.

Carl se sentó y dijo:

—Es cómodo esto.

—Después de comer puede usted dormir ahí mismo. Fíjese si es adelantada nuestra cocina que basta con formular el anhelo de lo que uno desearía comer, para que aparezca ante nosotros en una mesa-bandeja. Esto que va usted a ver no es magia, ni nada semejante. Es un milagro de la cibernética aplicada a la gastronomía. Todo cuanto le van a servir es artificial, o sea, hecho por máquinas. Pero usted no notará la diferencia.

—¿De veras?

—Pruebe a desear algo. Formule el deseo.

Carl pensó en un muslo de pavo dorado, adornado con buñuelos de leche y almíbar, como una vez le dieron a comer en el hospital de Mank.

Y la cibernética, unido a la transportación de la materia, le satisfizo en el acto, ¡apareciendo ante él, en una bandeja plateada, un plato como el que había deseado!

—Pida bebida, pan, mantequilla y los aditamentos que quiera —sugirió Nedy, con una maravillosa sonrisa.

Carl pidió varias cosas y todo se «materializó» ante él, formándose una especie de mesa con las bandejas unidas entre sí. Sólo tuvo que poner su apetito y admitió que todo estaba exquisito.

Por su parte, Nedy, pidió una comida ligera en voz alta. No había terminado de pedirlo, cuando ya estaba todo ante ella.

—¿Qué le parece?

—¡Que no quisiera volver a mi mundo!

Nedy sonrió.

—También podría solucionarse eso —dijo.

—¿De veras?

—Sí. ¿Quiere quedarse en mi lugar?

El semblante de Carl se puso serio súbitamente.

—¿Puede hacerse?

—Las máquinas no se opondrán, mientras tengan a un ser humano al

que servir. Usted es tan humano como yo.

—¿De qué manga se ha sacado usted esa solución? —preguntó Carl, mirando fijamente a Nedy.

—De aquí —Nedy se señaló la frente—. Es una idea realizable. Usted ocuparía mi puesto y yo volvería a La Tierra.

—¿No puede irse sin dejar alguien en su lugar?

—Exactamente.

—¿Sabe usted cuál es su futuro? —preguntó Carl—. Creo que está lloviendo sobre mojado. Y no es cobardía.

—Yo sé que no es usted un cobarde.

—Gracias.

—Iba a decir como Vake Dossen.

—Lo he pensado. En mi reciente época anterior, Vake Dossen significaba algo en mis pensamientos de mujer. Ya no significa nada. Le he olvidado casi. Si no estuviera usted aquí, en su lugar, ni pensaría en él.

»Pero ya le dije que mi propia hija me dejó ver mi futuro. Y ése es el inconveniente más grave.

—¿Cómo se llama su hija?

—Derna Robles.

Carl suspiró y sonrió.

—Eso facilita las cosas.

—No lo crea usted, señor Costak. Eso las complica extraordinariamente.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque mi hija, antes de casarse con el coronel Robles, se llamó Derna Costak.

Carl se levantó de un salto y apartó la mesa-bandeja de ante él. Su rostro era la máscara del asombro.

—¿Cómo? —exclamó.

—Puedo hacerle conocer el futuro.

—¿Cuál es?

—Usted y yo tendremos una hija. Luego, volveremos alternativamente a La Tierra, donde tanto usted como yo adquiriremos fama y prestigio… Pero nunca estaremos juntos, excepto ahora. Usted se irá y yo me quedaré. Derna nacerá en Mank. Luego volveré aquí y usted regresará. Nos estaremos cruzando siempre… ¡Eso es lo que ocurrirá!

—¿Está… estás segura de eso, Nedy?

—Sí. Me lo dijo Derna —afirmó Nedy, muy seria—. Y nadie podrá oponerse a nuestro destino.

—¿Quién lo estableció así?

—Uno de los artífices del futuro que vinieron aquí hace millones de siglos —respondió ella.

—¿Ya no vive?

—En otras dimensiones distintas, sí. Su nombre es Thomas Welker, y usted le conoce.

El asombro de Carl Costak era infinito.

CAPÍTULO V

El pequeño bólido espacial que pilotaba Carl Costak sobrevoló la ciudad lunar de «Lunk Cet» y luego descendió a los ubérrimos campos de «yirgish» que en monótono y verde paisaje cubrían casi enteramente la superficie del satélite terrestre.

La otra persona que acompañaba a Carl era el doctor Welker, antiguo amigo del hombre más enigmático del mundo.

—¿Ve usted aquella construcción blanca, Thomas? —preguntó Carl, señalando un punto blanco entre el verdor del «yirgish».

—¿Allí es?

—Sí. Allí está Vake Dossen. Se hace llamar Carl Costak. ¿Se convencerá usted cuando le vea?

—Prefiero más no responder a eso, Carl —dijo el médico—. Toma suelo en el claro y luego hablaremos. ¿Nos espera el ingeniero Dossen?

—Sí. Hablé ayer con él y dijo que nos esperaba.

El bólido descendió rápidamente, dirigido por Carl.

Decreció su velocidad a cien metros de altura y terminó por posarse verticalmente en el claro que había al lado de la casa, y de la que habían salido varias personas a recibirles.

Entre ellos estaba Vake Dossen, cubierto el rostro con una poblada barba y vistiendo ropas cortas de «berilflex». Una mujer de edad, otra joven y bien parecida y cuatro peones «sirkos», de piel azulada y facciones demoníacas, estaban junto al ingeniero físico evadido de Mank.

Fue Vake quien se acercó al bólido cuando éste se hubo detenido y ya se abría su compuerta lateral.

Gracias al «yirgish», en la Luna se había logrado crear una atmósfera exactamente igual a la de la Tierra. Esto permitió, siglos atrás, suprimir las cúpulas de las colonias y acelerar el crecimiento del satélite natural de la Tierra.

Además, las propiedades alimenticias del «yirgish» eran ilimitadas. De su grano se obtenía prácticamente todo, debido a su gran riqueza vitamínica y proteínica, así como por el alto contenido de hidratos y otros elementos descubiertos como necesarios al organismo.

Cultivar, «yirgish» en el siglo XXX era como cultivar trigo en siglos anteriores. Pero la ventaja la llevaba el «yirgish».

Vake Dossen sonrió al acercarse a Carl Costak, a quien estrechó la mano.

—Hola, ingeniero. Permítame presentarle al doctor Welker, quien no se cree que fue un gran sabio de la antigüedad y me toma por loco.

Vake sonrió tristemente.

—Usted no está loco, señor Costak. Yo le envié a NGTM-5 y me refugié aquí, con su nombre. Mi esposa, su madre y los «sirkos» me conocen como Carl Costak, el enfermo al que el aire de la Luna ha revivido.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó Welker.

—Sí, es cierto. Ayer hablé con el señor Costak por visófono. Mi sorpresa fue enorme.

—¿Está usted seguro de que éste es Carl Costak?

—Ridícula pregunta, doctor Welker —contestó Dossen, tristemente—. Usted sabe que es él. Y lo sabe mejor que nadie.

—Entremos —propuso Carl.

Al acercarse al lugar donde los demás habitantes de la plantación estaban a la sombra, Vake Dossen presentó a su esposa, la joven Elga Costak y a la señora Muip. También presentó a sus sirvientes.

—Og, De, Bi y Or —indicó Vake Dossen.

Los sirvientes «sirkos» extendieron sus brazos hacia adelante, en señal de acatamiento a sus señores. Eran seres humanoides, muy simples y dóciles, que acataban sumisamente todo lo que les mandaba.

Luego, los dos visitantes y Elga Costak entraron en la mansión de piedra meteórica, que estaba discretamente amueblada, y Vake les condujo hasta su estudio de trabajo, revuelto y complicado, donde se había intentado instalar un laboratorio de física.

—Tomen asiento, por favor —rogó Vake, para volverse a su esposa—. Elga, trae unos cordiales para nuestros visitantes.

—No se moleste por mí —habló el doctor Welker.

—Les traeré un refresco cordial de «yirgish» fermentado. Les gustará —dijo Elga, antes de retirarse.

Entonces, Thomas Welker se encaró con Dossen.

—¿Cómo se llama usted, realmente? ¿Quién es?

—Mi nombre auténtico es Vake Dossen. Soy ingeniero físico nuclear y trabajé en el Laboratorio de Física Experimental del Consejo Científico de Mank.

—¿Puede usted demostrármelo? —insistió Welker.

—Poseo títulos y certificados. Fui condecorado por el Consejo debido a mis experiencias en la transportadora de materia de Marcus Oxwell. Encontrará usted esos datos en cualquier registro informativo.

—¿Y le encomendaron trasladarse usted mismo a un remoto mundo, conocido como…?

—NGTM-5 —atajó Vake—. Todo lo que el señor Costak le ha contado es cierto. No confiaba mucho en mi propio descubrimiento. Temí que pudiera fallar algo y decidí dejarlo todo y escapar.

»Cuando me dirigía al espaciódromo de Ulgris, este hombre se lanzó delante de mi bólido. Por suerte, iba provisto de una barrera antigravitacional y el señor Costak no sufrió daño.

»Así le conocí. Y fue entonces cuando se me ocurrió la idea de la suplantación. Carl Costak iría conmigo al laboratorio y emprendería el viaje a NGTM-5 en mi lugar. Yo utilizaría su nombre para trasladarme a «Lunk Cet» donde nadie me conocía. Eso fue lo que ocurrió.

—Bien… ¿Sabía usted que Carl Costak tenía los días contados?

Antes de responder, Vake Dossen miró al silencioso Carl.

—Sí, lo sabía. Él me lo dijo. Había visto el «spectrograma» que usted le hizo. Me contó que conocía todos los secretos del hospital, y, como los dolores no desaparecían, decidió averiguar por su cuenta lo que usted le ocultaba.

—Todo eso ya no importa, señor Dossen —contestó Welker, muy serio —. El caso es que, efectivamente, Carl Costak estaba enfermo de muerte y… ¡ahora está completamente sano!

—Me alegro muchísimo de saberlo —contestó Vake Dossen.

—¿Está usted seguro de la identidad de este hombre? —insistió Welker.

—Absolutamente seguro. El señor Costak está ahora más repuesto que hace un año. Su cambio es notable. ¿Cuál es el problema?

—Médicamente, Carl Costak está muerto —dijo Welker, con seriedad —. Y yo no puedo admitir que su restablecimiento sea…

—¿Natural? —preguntó Dossen.

Welker no contestó porque en aquel momento apareció Elga Costak con una bandeja y tres vasos.

—Disculpen —dijo la esposa de Dossen—. ¿Dónde te dejo esto, esposo mío?

—Aquí mismo, querida —replicó Vake, señalando un espacio despejado sobre la mesa de su laboratorio—. Eres muy amable… Oye, Elga, ¿qué dirías si te dijese que este hombre se llama Carl Costak?

—¿Igual que tú? —preguntó Elga, sorprendida.

—No, yo no me llamo Costak.

—¿No?

—Luego te lo explicaré, querida. Seguramente, habremos de dejar esto y regresar a la Tierra.

—¡Oh, pero yo no he estado nunca allí! ¿Crees…? ¿Qué está ocurriendo, esposo mío?

—No se preocupe, señora Costak —dijo Carl, con una amable sonrisa —. Hace un año, su esposo y yo cambiamos de nombre. Nada más. Él se vino aquí y yo le sustituí en una misión muy complicada. Legalmente, no hay delito en ello. Usted es la señora de Vake Dossen.

—¿Dossen?

—Sí —admitió Vake, tristemente—; ése es mi nombre. Vake Dossen, ingeniero físico nuclear y no un simple aficionado, como tú creíste.

—¡Oh! ¿Y qué pensará mi madre? ¡Dirá que le has engañado, Carl!

—Dirá la verdad. Pero tenía que hacerlo. No le digas nada aún. Yo hablaré con ella.

Thomas Welker estaba reflexionando. De pronto dijo:

—Pese a que le conozco más que nadie, Carl Costak, tenía la esperanza de que todo esto no fuese más que una farsa. Si es cierto todo eso, es preciso buscar el modo de recopilar toda esa ciencia en benefició de la humanidad.

—Sé que existen enfermos como yo, doctor Welker —respondió Costak—. Pero no puedo hacer nada por ellos. Estamos violando una ley multisecular. En cualquier momento puedo desaparecer y encontrarme de nuevo allí.

»Nedy intentará recuperarme y puede hacerlo.

Welker frunció los labios.

—¿Todavía insiste en hacerme creer eso?

—Con nadie tengo más interés que con usted, doctor Welker. Yo sé de su antiquísima existencia. En cambio, usted la ignora por encontrarse actualmente en dimensión distinta.

Tanto Vake Dossen como Elga escuchaban ahora, sin comprender.

—¡Por favor, Carl; eso es una locura! ¡Si insiste en decir esas cosas, un tribunal siquiátrico puede encerrarle en un manicomio, pese al dinero que tiene!

—Olvídese de mi dinero, doctor Welker.

—Explíqueme, Costak. ¿Cómo ha vuelto de NGTM-5? —preguntó Dossen.

—Es largo de contar, ingeniero. Cuando llegué allí resulta que otros se nos habían adelantado.

—¿Está NGTM-5 habitado? —se maravilló Dossen.

—Sí. Cientos de miles de máquinas perfectísimas y una mujer, humana y terrestre, que por más señas había estado enamorada de usted.

—¿De mí? —se maravilló Vake Dossen, no exento de vanidad.

—Sí. Es pura casualidad, desde luego. ¿Recuerda haber oído, pocos días antes de conocernos, acerca de la desaparición de una mujer de ciencia, Nedy Ogral?

—¡Sí, lo recuerdo! —exclamó Vake.

—Pues Nedy desapareció en el baño de su apartamiento y apareció en M'gaypú. ¡Fue así! Creo que la teleportación de Nedy fue instantánea. Yo, en cambio, pasé unos meses «desintegrado» en el cosmos. Mi vuelta ha sido más rápida.

—¡Todo esto es absurdo! —exclamó Thomas Welker, súbitamente—. Me niego a continuar adelante con esta estúpida farsa… ¡Es inadmisible!

—Usted quiso venir a conocer al ingeniero Dossen, doctor. Y yo no pienso demandarle ante la ley por haberse equivocado conmigo.

—¡No me equivoqué! —gritó Welker.

—Su «spectrograma» existe todavía. Lo conservo en las cajas de seguridad del Banco de Mank —replicó Carl Costak, poniéndose serio para añadir, acto seguido—: Escuche, ingeniero Dossen. Mi propósito es construir aquí una transportadora de materia exactamente igual a la que me envió a M'gaypú. Pero esta operación, financiada por mí, no tendrá carácter oficial. Ha de ser estrictamente privada. El doctor Welker debe ser enviado a NGTM-5.

—¡No iré!

Entornando los ojos y expresando la decisión, Carl repuso:

—Irá usted… Y yo le acompañaré.

* * *

Bi, el «sirko», resultó poseer un talento especial para la ciencia. En pocas semanas se convirtió en un auxiliar extraordinario de Vake Dossen. Fue Bi quien más colaboró con su amo en la construcción de la transportadora que instalaron en el hangar, a cien metros de la casa.

Gracias al crédito aportado por Carl Costak y concedido por bancos privados de la Tierra, Dossen construyó pronto su laboratorio físico. No se regatearon esfuerzos ni dinero. La ruta de «Lunk Cet» se vio frecuentada por grandes transportes que iban desde el espaciódromo hasta la granja colonial de la señora Muip.

La explicación dada fue que estaban realizando una factoría para la explotación directa del «yirgish», lo que se iniciaba con la recolección del grano, su molturación científica de sus compuestos orgánicos.

Esto justificaría la instalación de la factoría. Se dijo además que Carl Costak, o sea Vake Dossen, se había asociado con un «trust» financiero de Mank, en la Tierra, para explotar la plantación.

La realidad era que el laboratorio físico estaba en marcha, perfectamente cercado por alambrada eléctrica, vigilado además a todas horas por guardianes «sirkos» provistos de detectores de intrusos, y que, juntamente con Vake Dossen, trabajaban en el laboratorio y sus dependencias anexas, más de una veintena de técnicos llegados de la Tierra.

Instalado en la casa de señora Muip, Carl Costak pasaba los días descansando, leyendo o dando paseos por los campos de «yirgish», unas veces solo y otras acompañado por el doctor Welker o por Elga Costak.

Un día, paseando por las estrechas sendas, en medio del «yirgish» lujuriante, Elga Costak dijo a Carl:

—Vake me ha dicho que tienes una mujer en ese lejano mundo al que quieres volver.

—Sí, Elga. Es una mujer joven y bonita como tú —replicó Carl, distraídamente—. Parece ser que otros seres, hace millones de siglos, establecieron mi destino y el de ella.

—¿La quieres, Carl?

—Sí.

—Amar a alguien es muy bello —suspiró Elga—. Ye amo a Vake. Pero… no sé qué me ocurre desde que sé que no se llama Carl Costak.

—¡Eso no ha de preocuparte, Elga! —exclamó Carl, sin comprender todavía ni siquiera la causa de que ella hubiese deseado ir a pasear con él entre el «yirgish».

—Me preocupa. Vake está inquieto con su trabajo. Antes de venir tú vivíamos más sosegados. La calma de la granja se ha roto y Carl…, digo, Vake, no es el mismo.

—No. Ahora está dedicado plenamente a su auténtico trabajo.

—Pero Vake no es lo que yo creía de él —dijo Elga, tristemente.

—¿No? ¿Qué quieres decir?

Elga hizo una breve pausa antes de contestar. Al fin, perdida la mirada en el negro firmamento lunar, dijo:

—Vake debió ir a la misión que le encomendó el Consejo Científico… Temo que fue un cobarde.

—No pienses eso de tu esposo, Elga. Por la misma razón, yo también fui un cobarde al pretender terminar mi existencia cuanto antes.

—Tú tenías un poderoso motivo. Vake sólo tenía miedo.

—Todos tenemos derecho a sentir de acuerdo con nuestras íntimas convicciones, Elga. Por otra parte, las cosas no ocurren siempre como uno las desea. Todo está estrechamente ligado, aunque su conexión no sea aparente.

»Tenía que suceder así. Y así ha sido. Eso es lo importante. No debes querer menos a tu esposo porque se haya visto obligado a mentir para protegerse. De no haber sido así, yo no estaría vivo y ahora no estaríamos tratando de burlar las leyes del tiempo.

—¿Qué es exactamente lo que te propones, Carl Costak?

—Establecer un puente entre M'gaypú y nuestro sistema. En M'gaypú existe la mayor fuente de energio de toda la. Galaxia. Eso es muy importante. Todo el energio está controlado por las máquinas creadas hace millones de siglos por una civilización architecnificada, de la que, según parece, descendemos nosotros.

»Pero no es eso sólo. En alguna parte ha de existir un contacto entre el

pasado y el presente. Yo sé que Nedy Ogral, a la que amo más que a mí mismo, es el vínculo entre el presente y el futuro.

»Me he asignado la misión de desentrañar ese misterio. Dispongo, afortunadamente, de medios económicos para construir grandes laboratorios de investigación, pero me encuentro en la dificultad de convencer a la ciencia oficial de lo que la casualidad ha puesto a mi alcance.

»Traje de M'gaypú una gran cantidad de piedras preciosas. Ese es mi filón particular. Nedy Ogral me autorizó a iniciar estos trabajos. Ella también participa en la gran experiencia.

»En realidad, tanto Nedy como yo estamos corriendo un terrible riesgo, al confundir en el presente el pasado y el futuro. Pero estamos seguros de favorecer a la Humanidad entera, la cual se encuentra en un principio de retroceso científico y tecnológico.

»Sabemos que nuestra civilización va a entrar en un futuro caótico y desastroso. Ella puede conocer el futuro. Conoce el futuro de la raza humana. Y ese avance no le gusta. Por tal motivo estamos trabajando.

»Si logramos establecer un puente entre M'gaypú y La Luna, la humanidad puede salvarse de un desastre.

—Entonces ¿debo seguir confiando en Vake? —preguntó Elga, mirando intensamente a los ojos de Carl.

—Debes hacerlo. Él te quiere y está colaborando denodadamente para beneficio de todos.

—Mi madre no le quiere. Ella era la propietaria de esta colonia. Ahora está disgustada. Dice que, de no ser por mí, haría que los «sirkos» matasen a Vake.

—¡Cielos santos, Elga! —mascculló Carl—. Tu madre no ha de hacer semejante cosa.

—No. Yo le he dicho que, si Vake muere, la denunciaré.

—Tendré que hablar con tu madre. Puedo pagarle el millón de créditos que vale esta plantación.

—No quiere venderla. Fue de mi padre. Aquí sacrificó él toda su vida. Fue un gran hombre y mi madre le quiso mucho. En cambio, Vake no es como fue mi padre. Por eso mi madre no le quiere. Y yo tengo que sostener una intensa lucha entre los dos.

»Contengo a mi madre y procuro apaciguarla, pero no sé lo que ocurrirá en los próximos días. Los «sirkos» están con ella. Viven aquí desde hace años y no les gusta lo que está ocurriendo. Mi madre dice que, al final de todo esto, perderemos la plantación.

—No debe temer nada. Saldrá ventajosamente beneficiada —observó Carl, pensativo.

Efectivamente, la continua arribada de vehículos, con cargamentos para

la factoría había alterado la calma de la granja. El laboratorio echó a perder muchas áreas de sembrado.

—Bi está contento con Vake Dossen.

—Bi está contento. Pero no los otros «sirkos». Y si mi madre les ordena matar, matarán incluso a Bi —dijo Elga.

—¿Por qué no hacéis un viaje a La Tierra? —sugirió Carl—. Vake se quedaría aquí.

—Se lo propondré a mi madre. Luego diré que debo quedarme con Vake y puede que ella decida irse sola.

—Yo pagaré los gastos…

En aquel mismo instante, Carl Costak desapareció ante los ojos de Elga, «desmaterializándose».

CAPÍTULO VI

La aparición de Nedy Ogral en la puerta de la sala hizo pestañear al doctor Thomas Welker, quien se puso rápidamente en pie y dejó la grabación que estaba «leyendo», con ayuda del «ojo electrónico».

—¿Quién es usted?

—Disculpe, por favor —suplicó Nedy, confusa.

La joven vestía ahora su antigua ropa de «berilflex», los «pants» amarillos y las sandalias de «lurydeck». La blusa color ceniza era excesivamente corta para aquel lugar.

—Soy el doctor Thomas Welker. ¿En qué puedo servirla?

El nombre hizo dar un respingo a Nedy.

—¿Welker? ¿Conoce usted a Carl Costak?

—Sí. Hace un rato ha salido a dar un paseo con Elga Cos… Elga Dossen. ¡Me hago un lío con el nombre de esa mujer!

Nedy emitió un suspiro.

—¡Vaya! Me alegro de haber llegado a buen lugar. Ignoraba dónde iría a parar.

—¿Quiere usted que vaya a buscar al señor Costak?

—No se moleste, doctor. Sé que no está aquí… Se ha ido a muchos cientos de años luz de distancia. Le supongo a usted enterado de ciertos aspectos singulares que afectan a Carl.

—¿Se ha ido? ¿Quién es usted?

—Soy Nedy Ogral.

—¡Oh!

—Y mucho me temo que mi reaparición suscite una profunda investigación. No tenía más remedio que venir. Voy a tener una hija.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Welker—. ¿Incluso sabe usted que será hembra?

—Sí, lo sé. Carl Costak me habló de usted, doctor Welker. Deseaba conocerle.

—¡También parece ser que me conocieron hace un millón de siglos! —exclamó Welker—. ¡Y esto es demasiado para mí! ¡No lo resistiré!

Nedy sonrió. Fue a decir algo, pero distantes gritos la hicieron volverse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Thomas Welker, yendo hacia la puerta.

Salieron al soportal, donde acudió también la señora Muip, la cual miró a Nedy con desconfianza.

—¡Es mi hija! ¡Algo le ha…! ¿Quién es usted?

—Me llamo Nedy Ogral, señora. He venido a trabajar con Vake Dossen.

La señora Muip apenas sí le prestó atención, porque los gritos de su hija se hacían más intensos. Y ya podían escuchar incluso sus palabras, pese al enrarecimiento de la atmósfera lunar, que no transmitía los sonidos con la misma nítida rapidez que en La Tierra.

—¡Carl Costak se ha desintegrado!

La señora Muip fue hacia su hija, seguida de dos sirvientes «sirkos».

—Es lógico —observó Nedy, en voz baja—. Carl se marcha y yo llego. Debe ser así.

—¿Viene usted de allá? —Welker señaló el cielo.

Nedy asintió.

—Ahora, Carl ocupará mi puesto.

—¡Pues ahora es cuando yo regresaré a Mank!

—¿Dónde está el ingeniero Dossen? —preguntó Nedy, sin hacer caso a la última declaración del médico.

—Le encontrará usted en el laboratorio que han instalado detrás de la casa. Rodee el edificio y verá el camino. La guardia no le dejará pasar. Es mejor que espere a la hora de cenar. Vake Dossen vendrá en ese momento.

Elga Dossen se acercaba y se quedó perpleja al ver allí a Nedy. Su terror también se disipó en parte.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó a su madre.

—Dice que ha venido a trabajar con el monstruo de tu marido —replicó la mujer de edad.

—¿Dónde está Carl Costak? —preguntó Welker.

Elga, alteradas las facciones, exclamó:

—¡Ha desaparecido delante de mis ojos! ¡Se ha desintegrado! ¡Debo avisar a Vake!

—Soy Nedy Ogral. Yo explicaré al ingeniero Dossen lo sucedido.

* * *

Vake Dossen examinó a Nedy de pies a cabeza, con inexpresión en el rostro.

Había escuchado a Elga y estaba perplejo.

—¿Procede usted de M'gaypú?

—Sí. Mi hija tiene que nacer en La Tierra.

Dossen observó el incipiente abultamiento del vientre de Nedy.

—¿La hija de Carl Costak?

—Sí —asintió Nedy.

—Permítame felicitarla, señora. Venga y siéntese. ¿Quiere tomar un cordial de «yirgish»? Mi esposa se lo preparará en unos minutos.

—No, gracias. Yo sabía lo que Carl estaba haciendo aquí. Lo planeamos entre los dos. Ignoraba que se había casado usted, ingeniero

Dossen.

—Tuve que buscar refugio en esta colonia agrícola —explicó Dossen, tímidamente—. Ya sabe usted. ¡Oh, no debió venir! Ahora nos complicará usted las cosas. Carl nos ayudaba con el dinero que ha conseguido.

—Yo también he traído un kilo de piedras preciosas. Las dejé entre el sembrado, cerca de la casa.

—¡Oh! —exclamó Elga.

—No se preocupen. Parecen piedras. Hay que desbastarlas y pulirlas. Puedo obtener por ellas un millón de créditos —Nedy sonrió, para añadir —: ¿Qué le parece lo que nos proponemos realizar Carl y yo?

—Desconozco la finalidad de todo esto. Pero, como podrá ver usted, estoy colaborando activamente con el plan. La transportadora quedará lista dentro de dos meses. Nos hace falta obtener cloruro de formio, que sólo se puede adquirir en los mejores laboratorios oficiales de La Tierra.

»De eso quería hablar con Carl Costak. Hemos de hacer un viaje a Mank.

—A partir de este momento, usted habrá de consultar conmigo. Carl ha regresado a M'gaypú.

Para Nedy no pasó por alto una expresión sombría en el semblante aniñado y juvenil de Elga. Pero no hizo comentario alguno al respecto. Habló impersonalmente, mirando ora a Vake, ora a Elga.

—Yo asumiré la responsabilidad del trabajo. Aunque temo que tendré tropiezos con las autoridades y eso complicaría las cosas. Oficialmente, supongo, soy un misterio legal. Desaparecí de mi domicilio hace un año y nadie ha vuelto a saber de mí.

—Puede usted decir que se marchó por cualquier causa —dijo Vake—. Se dijo que estaba usted en el baño, con la puerta cerrada por dentro. Pero puede dar una explicación cualquiera. Para un físico no es difícil cerrar una puerta por dentro. Usted es joven y pudo huir en alas de la felicidad y el amor.

—Sí, eso pienso decir. Diré que he estado en luna de miel.

—Puede explicar que ha permanecido aquí, en «Lunk Cet» —añadió Vake.

—E incluso decir que su bebé es de Carl Costak, pues ese es el nombre que Vake ha usado durante el tiempo que lleva aquí— añadió Elga, con cierta amargura.

—¡Arreglaremos eso, querida! —exclamó Vake, abrazando a su esposa.

—¿Acaso hay algo que arreglar, Vake? Si ni siquiera nuestro matrimonio es válido. Resulta que yo estoy casada con Carl Costak.

Nedy sonrió empezando a comprender.

—Ignoraba todo esto, aunque lo suponía. Les aseguro, sin embargo, que no habrá problema por mi parte. Mi hija es también de Carl. Ustedes

no tienen hijos todavía. El ingeniero Dossen puede seguir siendo Carl Costak durante otro año. Además, cuando hayamos terminado la transportadora, no veo inconveniente que nos impida informar a las autoridades.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —inquirió Vake Dossen, sorprendido.

—Sí. A la humanidad le interesará saber lo que sabemos Carl y yo. Entiendo bien que hacemos esto en beneficio de la sociedad del futuro, para impedir un terrible desastre que se avecina.

—Lo entiendo. La transportadora de materia nos llevará a NCTM-5, donde podremos utilizar la poderosa ciencia de las máquinas creadas por nuestros antepasados, los fundadores de la raza humana.

Nedy dejó escapar una risita leve.

—¿Eso les ha dicho Carl?

—Sí.

—Bien, bien —la sonrisa se acentuó en los finos labios de Nedy—. Carl es muy romántico… ¡excesivamente romántico!

* * *

Cuando regresaron a la casa, la señora Muip les dijo que el doctor Welker se había marchado a «Lunk Cent» en el tractor agrícola conducido por Og.

—Me dijo que volvería hoy mismo —explicó la madre de Elga.

—¡No debió dejarle marchar sin avisarme! —gritó Vake Dossen—. Ese hombre ha aprovechado la ausencia de Carl Costak para evadirse. Ahora nos puede ocasionar graves problemas.

—¿Todavía más? —preguntó la señora Muip, con acritud—. ¡Esto había sido un lugar tranquilo hasta que llegaron esos hombres! ¡Ya me estoy cansando de todo! ¡Sé que no terminará bien todo lo que hacen aquí y tiene que acabarse!

—¡Por favor, mamá! El beneficio que obtendremos con esto será mucho mayor que el producido por el «yirgish».

—¡Eso es lo que tú te crees, ingenua! ¡Todos hablan con falsedad y mentira! ¡Aquí no hemos tenido nunca problemas para vivir de nuestro trabajo, mientras que ahora está estropeando el «yirgish», pisoteándolo sin consideración y actuando fuera de la ley! ¡Si viviera tu padre no te lo permitiría!

—¡Hablas así porque no quieres a mi esposo! —exclamó Elga.

—¿Acaso es éste tu esposo? ¡Tú eres la mujer de Carl Costak, y este hombre no se llama así! ¿Cómo vas a arreglar eso?

—Bueno, basta mamá. Lo que hace mi marido no es asunto tuyo.

—¡Yo le acogí aquí, creyéndole un hombre honrado, pero no lo es!

—Lo siento —medió Nedy Ogral—. Creo que todo esto es culpa mía. ¿Quiere usted confiar en mí, señora? Yo trataré de solucionarlo. De momento, es preciso impedir que el doctor Welker se ponga en contacto con las autoridades de «Lunk Cet» o de La Tierra. Es importante que Welker sea enviado a M'gaypú sin que hable, con nadie. Y si es preciso, le haremos volver a la fuerza.

—¿Van a emplear también violencias en mi granja? ¡No lo consentiré! ¡Llamaré a mis criados! ¡De, Or, venid!

Los dos «sirkos» aparecieron inmediatamente. Eran sirvientes de la casa desde hacía muchos años y su fidelidad a la señora Muip era absoluta.

—¿Qué te propones, mamá? —gritó Elga.

—¡Id y avisar a la policía de «Lunk Cet»! ¡Esto tiene que aclararse ahora mismo de una vez para siempre!

Los dos siervos se miraron.

—¡No vayáis! —gritó Elga, sujetando a su madre del brazo—. No lo permitiré.

Los dos «sirkos» se mostraron indecisos.

—¡Haced lo que os he dicho! —aulló la señora Muip.

Ante estas palabras terminantes, De y Or retrocedieron.

—¡Diles que no vayan, mamá! ¡tendrás que arrepentirte de esto!

—¿Cuánto quiere usted por callar, señora Muip? —preguntó entonces Nedy.

—¡Es usted igual que el otro que dijo llamarse Carl Costak, como mi yerno! ¡No quiero nada! ¡Quiero que se vayan de aquí y me dejen en paz!

—Bien. Nos vamos —dijo Vake—. La dejaremos a usted sola en su granja. Recoge tus cosas, Elga. Vendrás conmigo. Intentaremos alcanzar al doctor Welker. Eso es tan importante como silenciar al mundo lo que estamos haciendo. Si la ciencia oficial averigua lo que nos proponemos, M'gaypú sería invadida en poco tiempo y nuestros planes pacificadores sé malograrían.

—¡Marchaos si lo queréis así! —gritó la señora Muip—. ¡Idos con el mismo diablo, pero mi hija se quedará aquí! ¡No se moverá de esta casa en la que ha nacido y vivido siempre! ¡No saldrá de aquí mientras yo viva!

—Está bien. Me quedaré y se marcharán ellos —terminó Elga, a punto de sufrir una crisis nerviosa. Eran muchas las emociones que la joven granjera había experimentado en un mismo día, empezando por la desaparición extraordinaria de Carl Costak y concluyendo por la desesperante actitud de su madre.

—¡Que se vayan todos ahora mismo y que se lleven su laboratorio! —terminó la señora Muip.

—Se necesitará tiempo para retirarlo todo. Los trabajos están muy adelantados —expuso Vake Dossen—. Lo primordial es que nos iremos.

Pero sus criados no deben decir nada a las autoridades. Hágales volver. Si interviene en esto la policía, se enterarán los científicos y ocurrirá un desastre.

—¡No ocurrirá nada! —dijo Elga—. ¡Si es necesario, mataré a mi madre!

—¡Elga! —gritó la señora Muip.

—¡Le ordeno que haga volver a Or y De! ¡Ahora mismo!

La señora Muip jamás había visto la expresión firme y resuelta de su hija. Se asustó y retrocedió hacia la puerta, desde donde gritó:

—¡De…! ¡Or, volved aquí!

—Sí, señora —contestaron los «sirkos», regresando del hangar en donde estaban los tractores, en cuya puerta se habían detenido.

—Siento mucho lo que ha ocurrido —medió Nedy—. Es mejor que me marche. Creí que Carl lo había preparado todo… Ha sido un error que puede costar muy caro a toda la humanidad. De todas formas, la culpa ha sido nuestra. Hemos sido demasiado ambiciosos. Nuestro sueño es demasiado grande.

La señora Muip se retiró a su habitación, llorando, y dejó a los tres jóvenes en el vestíbulo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vake Dossen—. La gente que trabaja conmigo en el laboratorio puede decir algo. No pensé que esto podía terminar así. Y, si continuamos, hay que ir a La Tierra a buscar el material que nos falta. Además, hemos de impedir que Thomas Welker hable con las autoridades.

—Iremos a impedírselo —dijo Nedy—. Usted quédese aquí y procure tranquilizar a su madre. Es muy importante que pueda realizar esta obra sin tropiezos. Nosotros iremos a buscar el doctor Welker.

* * *

Le encontraron, medio disfrazado, en el espaciódromo colonial de «Lunk Cet», con una ropaje gris que debió adquirir en alguna tienda de la ciudad, y llevando un ligero maletín. Un casco envolvía su cabeza, como si fuese un turista.

Vake le vio y se le acercó. Welker intentó escapar, pero el físico nuclear le detuvo.

—¡Aguarde, Welker!

—¡Déjeme, Dossen! ¡No quiero saber nada con ustedes! ¡Me vuelvo a Mank!

—¿A qué?

—No tema. No diré nada a nadie. Continuaré viviendo como si nada hubiese ocurrido. Carl Costak no está aquí. Sólo me preocupaba él.

Nedy se acercó en aquel instante.

—¿Por qué se marchó usted?

—No quiero saber nada con ustedes.

—¡Pues yo sí quiero saber con usted! Lo siento, doctor Welker. Por el momento, no podemos separarnos. Le necesito también profesionalmente. Usted está demasiado ligado a nosotros, por vínculos que ni siquiera usted mismo conoce. Yo lo sé, porque vengo de un sitio donde usted, o sus egos pasados, estuvieron en otros siglos. Quizás no era usted así, como es ahora. Sin embargo, yo sé que en su inconsciente hay algo en usted de cierto Thomas Welker, que en un remoto pasado hizo posible lo que está sucediendo ahora.

»Cuando el ingeniero Dossen termine la transportadora vendrá usted conmigo a M'gaypú. Allí le conectaré con su pasado.

—¡Están ustedes locos! —gritó Welker.

—Por favor. No grite. La gente nos está mirando —dijo Vake.

—¿Qué quieren de mí?

—Vamos a regresar juntos a La Tierra, doctor. Iremos a su clínica. El ingeniero Dossen tiene que adquirir algunas cosas y hacer que sean enviadas a la granja agrícola de su mujer.

—¡No pueden obligarme! ¡Carl Costak no se encuentra aquí ya!

—No importa —contestó Nedy—. Estoy yo, que es exactamente lo mismo. Por otra parte, no se preocupe de sus honorarios, doctor. Será bien retribuido.

—No deseo convertirme en cómplice de sus manejos turbios.

—Usted conoce el alto interés científico de nuestra misión, doctor Welker —replicó Vake Dossen, secamente—. Y tiene que colaborar, porque Carl Costak regresará de M'gaypú. No se ha ido para no volver.

Welker se agitó, inquieto. Luego, miró a Nedy y musitó:

—Está bien. Regresaremos a La Tierra. ¿Cómo lo harán?

—Viajaremos como el señor y la señora Costak —contestó Vake.

—Espero que no les suceda nada. Yo confiaba en tomar el próximo navío.

—Deberá usted esperar con nosotros —dijo Nedy—. Hemos de arreglar nuestra documentación. Traigo diamantes de NGTM-5, que debo convertir en dinero. Eso facilitará las cosas.

Thomas Welker accedió a ir con ellos a un albergue colonial, donde se hospedaron. Inmediatamente, Vake Dossen salió dispuesto a conseguir dinero suficiente para obtener documentos, a fin de que Nedy volviera clandestinamente a Mank.

Y no le resultó difícil. En primer lugar, un lapidario de «Lunk Cet» le compró dos piedras por diez mil créditos. Con este dinero, Vake se fue a una oficina oficial y sobornó a un empleado, a quien le dio dos mil créditos.

«Lunk Cet» era una localidad de emigrantes, descendientes de deportados, oficiales gubernativos sancionados y gente poco recomendable. La Tierra era lugar más propicio que La Luna. Por tal motivo, Vake no había encontrado dificultad en llegar a «Lunk Cet», como tampoco la encontró ahora, con créditos suficientes, para salir.

En pocas horas realizó su gestión y Nedy tuvo sus documentos en regla con fotografía oficial y todo, para regresar a La Tierra. Los motivos expuestos en el documento de regreso eran plausibles.

«Elga Costak desea que su hijo sea atendido por médicos de Mank. Va a ser madre».

Y nadie se preocupó de averiguar si Nedy Ogral era Elga Costak.

CAPÍTULO VII

Carl Costak hizo una reverencia a la máquina perforadora, cuyos taladros habían extraído de la dura roca el montón de diamantes que ahora tenía en el suelo, a sus pies.

—¡Eres adorable, Billy!

Era una máquina obrera y no podía responder. Posiblemente, sin embargo, alguno de sus ocultos circuitos debió estremecerse por el halago del «hombre».

—Ahora llevaré todo eso al laboratorio. Debemos tallarlos y pulirlos. En mi planeta se cotizan mucho más estas piedras brillantes, si están tallados y pulidas. Son cosas de la gente. Hay quien paga por esto mucho dinero.

La máquina era de trípodes rodantes. Un curioso y singular armatoste de un metal muy duro. Sus brazos se movieron hacia los diamantes y los taladros se modificaron, convirtiéndose en garfios articulados.

Carl sólo tenía que expresar su voluntad y la máquina le interpretaba. Era como un siervo mecánico muy obediente.

Retrocedieron juntos por el túnel, hasta salir al exterior. Allí estaba la esfera volante, con su escotilla abierta. Carl se introdujo por ella y se sentó cómodamente ante el «sensitor» de mando.

La máquina perforadora también penetró, llevando en su depósito la carga de diamantes en bruto.

—Regresaremos al laboratorio, Sully —dijo Carl, cerrando los ojos.

Pensó en Nedy Ogral, a la que no veía hacía muchos meses. Y su tristeza aumentó. Ignoraba lo que estaba sucediendo en La Tierra, puesto que no existía medio alguno de comunicación directa.

Posiblemente, Nedy estaría cuidando de su hija Derna.

Carl sonrió. Derna también era hija suya. Aunque no lo comprendía del todo bien, sabía que era cierto. Derna Robles había estado en M'gaypú antes que ellos. El tiempo carecía allí de sentido. Él se había establecido un calendario terrestre, por el que se regía.

Llevaba once meses solo, desde que había abandonado la granja próxima a «Lunk Cet», cuando paseaba entre el «yirgish» en compañía de Elga Costak. Once meses de soledad, aunque no de silencio.

Carl, recuperado totalmente de su enfermedad anémica, era ya un hombre joven, ágil y fuerte. Solía pasear por los pasillos subterráneos de M'gaypú y salir con frecuencia al exterior, tomando los expulsores magnéticos. Había renacido en él la alegría de vivir.

Sin embargo, estaba triste porque, cuando él se marchase, Nedy

regresaría automáticamente. Se cruzarían, sin verse, por el cosmos. Serían como ígneas estrellas errantes sin forma ni brillo.

Y él regresaría a La Tierra, mientras que Nedy volvería a M'gaypú.

Entonces sabría cómo estaban los trabajos de Vake Dossen. Carl había calculado que ya debían de estar casi terminados. Él dejó dinero suficiente para construir la transportadora de materia. Nedy también debió de llevarse diamantes sin pulir. Halló vestigios de los trabajos realizados por Nedy durante su ausencia.

Todo iba bien, pues. No era necesario preocuparse.

Sin embargo, pese a todo, Carl estaba inquieto. Cuanto le rodeaba en M'gaypú, puesto por entero a su servicio, como dueño y soberano, seguía cumpliendo su multimilenaria función. El energio seguía saliendo de allí hacia los lejanos soles de la Galaxia.

También se recuperaba bastante. Carl había contemplado, sobrevolando un región del planeta, una roca incandescente que se había estrellado horas antes, ocasionando un fuerte temblor.

Interrogó a la máquina parlante de la sala de control, y la respuesta que obtuvo fue:

—Un asteroide se ha estrellado sobre nuestro suelo, en la coordenada 1.508. Se trata de un arribo de energio devuelto por el campo magnético exterior.

—¿Y de dónde procede ese asteroide? —insistió Carl.

—Restos de un astro moribundo. Nuestras computadoras lo detectaron hace quinientos dieciséis años. Los campos magnéticos y gravitatorios lo han atraído hacia aquí. Ahora, debe enfriarse paulatinamente. Lo utilizaremos de nuevo dentro de dos mil años.

—¡Caramba, Jackie, cuánto sabes! ¿Quién te ha informado de todo eso?

—Estoy conectado a los circuitos de coordinación —fue la metálica respuesta de la máquina parlante.

Irónicamente, Carl había contestado:

—Pues sigue conectado y no te distraigas. Confío en todos vosotros más que en mí mismo.

—Sabemos cuál es la limitación humana. No se preocupe. El destino del hombre es muy superior al nuestro. Somos su obra.

En otra ocasión, Carl había preguntado a la máquina:

—Oye, Jackie, ¿sabes si en La Tierra está muy avanzada la construcción de la transportadora de energía que realiza el ingeniero Dossen?

—Consultaré con el control de futuro. Obtendré respuesta dentro de unos segundos. Aguarde.

Carl esperó exactamente dieciséis segundos. Pero la respuesta fue negativa.

—La transportadora de energía que construye el ingeniero Vake Dossen en «Lunk Cet», ha sido destruida por una mujer llamada Dea Muip, la cual ha perecido en la explosión, junto con otros veintidós individuos, casi todos ingenieros al servicio de Vake Dossen.

—¡Diablos, Jackie! ¡Eso sí es un contratiempo! —exclamó Carl, molesto—. La señora Muip no era santo de mi devoción. En cambio su hija Elga… ¿Qué ha sido de ella?

—Consultaré con control de futuro.

—¿Por qué? ¿Han sucedido esos hechos o no?

—Todo ha sucedido, sea en el futuro o en el pasado. El concepto del tiempo en la clave cósmica es para nosotros muy distinto al de vuestra mente, ya que podemos presenciar el futuro y el pasado al mismo tiempo.

—Sí, sí… Averigua qué ha sido de Elga Costak.

—Elga Costak vive en su tiempo. Intentó disuadir a su madre para que no destruyera el laboratorio. Pelearon y la señora Muip golpeó a su hija, dejándola sin sentido.

»Por suerte para ella, un peón «sirko» intuyó el peligro, al ver salir lenguas de fuego del laboratorio, y la rescató para llevarla lejos de donde luego quedó todo arrasado por la explosión del uranio contenido en los «intensores» de la teleportadora.

Aquel era el relato de un desastre.

Carl quiso indagar más. Pero ya no fue posible. Sucedió lo que Derna Robles le había indicado en la cabina de grabación: «La máquina parlante obtiene la información en los complicados circuitos del futuro. Pero esta información es incompleta en cuanto llegamos al momento presente o sea a lo que está ocurriendo en el acto, o bien ha ocurrido poco antes o poco después de este instante, dado que la captación actual debe viajar a través del espacio a la velocidad superlumínica de seis millones de kilómetros por décima de segundo. Y la distancia de M'gaypú a La Tierra es de doscientos años luz».

Era una dificultad extraña e incomprensible. Carl intentó averiguar más datos acerca de ello en la máquina parlante, pero el resultado fue el mismo que había expresado Derna Robles.

Al parecer, era más fácil averiguar lo que había ocurrido hacía miles de años o lo que ocurriría también miles de años después, que saber lo que estaba ocurriendo en aquel instante: los controladores de futuro no lo habían registrado aún.

Y Carl, conocedor del futuro lejano, no podía saber los detalles que tanto le interesaban. Eran cosas del tiempo inexistente. Y así se reflexionó filosóficamente:

—Heme aquí, convertido en dueño y señor del cosmos, rodeado del elemento básico para la vida, que es la energía, solo como un condenado al

que no le falta ni el más leve artificial capricho, y sin poder rozar los labios de Nedy.

»Ella y yo estamos condenados a la separación constante. Yo me iré y ella vendrá. Ese es nuestro sino. Por eso, Elga y yo somos el uno para el otro.

»A Elga no le gusta, ya Vake Dossen. Su espíritu ha evolucionado. La ingenua granjera cuyo corazón se alborotó al conocer a Vake, ahora está aprisionada por mí mismo sitio. Yo tampoco fui nada. Era un pábulo que se extinguía, una llama casi ausente de la vida.

»Y tanto ella como yo ignorábamos lo que había oculto detrás de las estrellas… ¡Ese misterio que ahora se nos revela como algo inmensamente grandioso y comparado con lo cual somos más insignificantes aún de lo que antes éramos!

* * *

Pocos días antes de cumplirse el año de soledad, Carl fue advertido de la presencia de un hombre en una planicie del planeta. Se le informó por medio de los altoparlantes instalados en su alojamiento y, rápidamente, Carl se trasladó, casi sin vestir, a la sala de control.

Allí, en una pantalla de localización exterior, vio al hombre desconcertado y perdido en la extensa llanura conocida por la coordenada 632. Al distinguir sus facciones, Carl exclamó:

—¡Vake Dossen!

Inmediatamente, dio órdenes al centro de vigilancia exterior para que una máquina volante fuese a recoger al recién llegado.

Ante la pantalla de la sala de control general, Carl presenció la operación de «captura». La máquina volante, de tipo esférico, disparó un rayo somnífero sobre Vake Dossen y luego, mientras éste yacía inmóvil, el aparato descendió a su lado, le recogió automáticamente y lo introdujo en su interior.

Menos de una hora después, el propio Carl Costak recibía la máquina plataforma móvil, en la que Vake Dossen fue conducido al refugio de reconocimiento médico, todavía sin sentido.

Verificado el examen, Carl estudió el informe médico en una pantalla reproductora de imágenes. Vake Dossen no padecía ninguna enfermedad contagiosa y, por lo tanto, podía ser devuelto a la consciencia.

Fue Carl quien puso en funcionamiento el dispositivo electrónico que hizo volver en sí a Dossen.

Y cuando éste se recobró y vio a su lado a Carl Costak, sus primeras palabras fueron:

—¡Asombroso!

—¿De qué te asombras, amigo mío? —replicó Carl, sonriente.

Mientras se incorporaba, tentándose el cuerpo y los brazos, Vake Dossen repuso:

—De estar aquí… ¡vivo!

—¿Debo entender que has terminado la transportadora de materia y has sido el primero en utilizarla?

Vake sacudió la cabeza.

—No. La transportadora fue destruida por la madre de Elga Costak.

—Entonces ¿cómo has llegado?

—A través de la misma transportadora en que tú viniste, la del Consejo Científico de Mank. Así lo acordamos Nedy y yo. ¿Sabes que has tenido una niña a la que Nedy ha puesto el nombre de Derna?

Carl sonrió.

—Sí. Lo sé. La conozco perfectamente.

—Pero ¡si no la has visto!

—No la he visto nacer, desde luego. Ni sé cómo es de niña. Pero tengo su imagen adulta aquí. Y me siento orgulloso de ella. Es una muchacha muy bella. Desde luego, no lo sé todo. ¿Qué ha sucedido? Dentro de seis días debo hacer volver a Nedy e ir yo a donde está ella.

—¡Nedy está detenida!

—¿Cómo?

—Sí. Al fin, Thomas Welker nos vendió. Yo pude escapar, refugiándome en el Consejo Científico. Utilicé un reactor individual silencioso y penetré durante la noche, obligando a un ingeniero de servicio, antiguo discípulo, a que me enviase aquí.

—¿Y la pequeña? —preguntó Carl.

—Está con Nedy, desde luego. El Consejo de Seguridad ha escuchado a Welker y está investigando. El caso se tramita en secreto y no he sabido nada de ella desde que fue detenida.

—¡Ese médico del diablo habrá de sufrir un castigo! —farfulló Carl—. Cuando vaya allá le ajustaré las cuentas… Le partiré la cara con el puño.

—Estoy desmayado de hambre. Carl. ¿Por qué no vamos a comer algo?

—¡Ah, sí; perdona! Olvidé que la desintegración física provoca un apetito voraz. A mí me ocurrió lo mismo. Ven. Voy a enseñarte mi reino provisional, donde el tiempo posee un extraño y complicado valor.

Carl acompañó a Vake al exterior del refugio de reconocimientos médicos, para llevarle por uno de los singulares pasillos de M'gaypú, hasta la residencia que ocupaba, próxima a la gran sala de control.

Vake lo preguntaba y lo curioseaba todo.

—Primero comer. Aquí verás cómo es necesario sentarse en una cómoda postura y formular el deseo que más nos plazca.

Al entrar en lo que era sala de estar del «Hombre», Vake quedó

maravillado.

—¿Quién ha construido todo esto?

—Las máquinas. Son terriblemente eficaces y perfectas. Pero no pueden estar solas. Nosotros somos el relevo continuo. Habré de pensar en introducirte en rueda. Claro que, antes, debo consultar… Siéntate.

Vake Dossen se sentó y Carl hizo lo mismo.

—¿Y el alimento?

—¿Qué te gustaría comer?

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Puedes.

—¿Hay pescado fresco?

Carl sonrió al ver el asombro de Vake, ante quien apareció una fuente de pescado al horno, todavía humeante, arreglado con rodajas de limón, patatas y perejil.

—¡Diablos! ¿De dónde sale esto?

—Se condimenta en alguna parte. No lo sé muy bien. Debe de estar hecho y esperando que la transportadora lo envíe. Come, hombre; ni siquiera sé si es natural o artificial. Pero alimenta. Llevo algún tiempo comiendo lo que me apetece y todavía no me he muerto.

Vake pidió también entremeses orientales, que le fueron servidos, distintas clases de vinos, y luego un «chateaubrian» con mostaza. Por último solicitó helado y lo devoró todo; Carl estaba ya tomando una infusión aromática.

Mientras comían, Carl dijo:

—Thomas Welker posee una instintiva aversión hacia nosotros. Creo que estriba en su fracaso profesional, aunque, en el fondo, su propósito es eliminarnos a todos. Para él representa un inmenso prestigio informar a las autoridades de nuestro descubrimiento.

—Desde luego que sí. Eso mismo me dijo Nedy —contestó Vake—. Le hemos tenido prácticamente detenido en una clínica. Intentó evadirse varias veces, mientras estuvo atendiendo a Nedy. Al fin lo consiguió, sobornando a los guardianes.

»Yo estaba fuera, trabajando en la nueva transportadora. Habíamos montado un laboratorio similar al de La Luna. No sé exactamente cómo ocurrió, pero a mi regreso vi a la policía. Me escondí rápidamente y estuve oculto en un deshabitado hotel turístico. Cuantas gestiones hice para averiguar lo que había sido de Nedy fracasaron.

»Quise ponerme en contacto con Elga, pero tampoco lo logré. Por eso decidí introducirme en el Consejo Científico. Tuve suerte y pude venir aquí.

—¿Supones que Elga ha sido detenida también?

—Es casi seguro.

—¿Y Welker?

—Debe estar en el Consejo de Seguridad, informando de todo. No me extrañaría nada que quisiera ser nombrado miembro del Gobierno.

—En ese caso, es posible que nos encontremos por aquí en cualquier momento a agentes enviados por medio de la transportadora.

—Eso me temo.

—Bueno, hay sitio para todos. Habilitaremos celdas especiales para ellos y los mantendremos encerrados hasta que se cansen.

—No se cansarán. Lo que supongo intentan hacer es persuadir a Nedy para que les ayudemos. Y eso no debemos hacerlo o sería el final. Si M'gaypú cae en manos de las autoridades de La Tierra, ocurrirá un desastre.

—Depende. Sé que hay mucha ambición entre nuestros gobernantes, pero no todo es malo. Quizás haya estallado la pugna por el poder y se pretenda cambiar a los miembros del Consejo —Carl se quedó pensativo—. Hay mucha información en nuestros circuitos de control futuro. Eso es una gran ventaja.

—¿Puedes saber lo que va a ocurrir en La Tierra?

—Y en cualquier parte de la Galaxia. Es un privilegio nuestro. Lo que ignoro es lo que está ocurriendo en estos momentos. Esa información siempre me llega con retraso. Pero no es mucho el inconveniente.

»Aún tengo unos días para documentarme bien antes de ir para allá y quitarles a Nedy de las manos. Antes, hemos de arreglar nuestros asuntos personales. Sé que quieres a Nedy, Vake.

El ingeniero se sorprendió y balbuceó:

—Lo siento… Nedy y yo hemos hablado mucho todo el tiempo que hemos estado juntos. Nos comprendemos muy bien.

—Lo sé. Y no debes inquietarte. No reñiremos. Entre Nedy y yo sólo existe Derna. Y, como sabes, fue el fruto de un momento extraño, nada más. La verdad es que Elga Muip y yo…

Vake enrojeció ligeramente.

—¿Quieres decir que…? ¿Os queréis?

—Sí. Ella es de mi mundo. Nedy es del tuyo. No hay nada malo en eso. Somos personas civilizadas.

Vake sonrió, al fin, y dijo:

—En tal caso…

—Ahora nos entenderemos mejor que antes, amigo mío. Nedy va a volver en cuanto yo me marche. Estaréis solos. La lucha en La Tierra la iniciaré yo. Pero hemos de trazar planes muy cuidadosos.

»Todo lo que Thomas Welker planeó hace millones de siglos, hemos de destruirlo nosotros para bien de la humanidad. Así lo creo yo, Nedy y Derna. Así debe ser.

—Pero ¿no ha sucedido ya lo que tiene que ocurrir?

—Exactamente —dijo Carl—. Y precisamente por eso ha de suceder tal y como nosotros deseamos. De lo contrario, ¡la humanidad no habría existido jamás!

—¡La clave del cosmos!

—Ciertamente, Vake… ¡Ésa es la clave que lo domina todo; la verdad histórica!

CAPÍTULO VIII

El oficial de seguridad que abrió la pesada puerta de la celda, para dejar paso al repostero que traía el alimento en un carrito de ruedas, se quedó extrañamente confundido al encontrarse con Carl Costak, en vez de Nedy Ogral.

—¡Eh! ¿Qué demonios…? —exclamó.

—Buenos días, oficial —replicó Carl, risueño—. Siento que haya volado su detenida.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha entrado? ¿Dónde está Nedy Ogral?

Carl hizo un gesto con la mano.

—Se ha ido.

—¿Por dónde? ¡Nadie puede salir de…!

—Magia, oficial. Será mejor que advierta a sus distinguidos jefes. Y diga de paso a mi querido doctor Welker que Carl Costak ha venido a rendir cuentas.

Sin entregar los alimentos del carrito, el oficial presionó su placa electrónica y la pesada puerta se volvió a cerrar. Carl quedó encerrado de nuevo, sonriendo.

La suplantación se había efectuado horas antes, simultáneamente. Nedy Ogral desapareció y, en su lugar, apareció Carl Costak, llevando en la mano un saquito que contenía una fortuna en diamantes tallados y pulidos, por el que cualquier joyero de la Tierra habría dado cien millones de créditos.

Además, Carl Costak se había traído de M'gaypú un arma que habría de causar extraordinaria sensación en su mundo, cuando la hiciera funcionar. Se trataba de una especie de máquina, muy manejable, que Carl se había colgado de la cintura, sujeta a una cadena, para que no le pudiera, ser arrebatada. Empuñaba el artefacto por un culatín cilíndrico. Y el chorro invisible de positrones que enviaba en abanico poseían la propiedad de inmovilizar los centros nerviosos de cualquier individuo que se encontrase dentro de su radio de acción.

Era un «positrón» de carga inagotable. En la Tierra no se conocía un arma como aquélla y su manejo era tan simple que Carl podía accionarla incluso con el pensamiento, enviando deseos mentales a su caja de funcionamiento.

Carl Costak tenía el arma en la mano cuando se abrió de nuevo la pesada puerta, apareciendo un grupo de agentes de seguridad, armados con rifles y pistolas desintegrantes. Frente a ellos estaba el consejero Wando, el dirigente supremo del Consejo de Seguridad de Mank, un hombre del que se decía que lograba en el Senado Mundial todo cuanto se le antojaba.

El consejero Wando estaba furioso. Sus primeras palabras fueron:

—¿Cómo ha llegado usted aquí? ¿Quién le ha dejado entrar? ¿Dónde está Nedy Ogral?

—Respuesta número uno: volando, muchacho. Respuesta número dos: nadie. Respuesta número tres: Nedy está lejos de su alcance, en un lugar donde usted no llegará. ¿Quiere más respuestas?

—¿Sabe que puedo hacerle matar?

—Sé que no puede usted. He venido preparado. Vea esto… Mire a su guardia.

Carl empuñaba el «positrón». Una descarga invisible y silenciosa surgió del interior. Tanto el consejero Wando como los agentes quedaron paralizados instantáneamente.

—¿Ve usted qué fácil?

Wando no pudo replicar. Ni siquiera podía caerse al suelo. Todo su organismo era como un bloque de carne y huesos paralizados en su mismo centro neurálgico.

Sonriendo, Carl salió de la celda, pasó entre los inmovilizados agentes y miró hacia la salida, donde habían otros hombres, también paralizados. Fue hacia allá, cruzó la puerta y subió la escalera automática, hasta el piso superior, donde se movían los agentes de seguridad como si nada hubiese ocurrido en el sótano.

Al dirigirse hacia las grandes puertas rotatorias, los agentes de guardia se fijaron en Carl y les extrañó sobremanera la bolsa de diamantes que llevaba en la mano izquierda, así como el extraño artefacto de su mano-derecha.

Uno de ellos quiso darle el alto. Carl, sin detenerse, «oprimió» mentalmente el «positrón» y los agentes se quedaron en la misma actitud en que estaban. El círculo paralizante se extendió a toda la planta, incluso a los que estaban situados detrás de Carl, porque el deseo mental fue «envolvente».

Carl pudo salir tranquilamente al exterior. Llegó caminando hasta una parada de disco-taxis y penetró en la cabina de un ascensor magnético que le subió hasta el aparato.

El conductor, sin mirarle, preguntó:

—¿A dónde le llevo, señor?

—Al Banco de Mank, por favor.

El disco-taxi despegó de su aparcamiento, remontándose con rapidez hacia el aire y esquivando por control radarscópico el tráfico aéreo. Minutos después se posaba sobre la plataforma del inmenso edificio metálico donde estaba el Banco de la megápoli. Allí, Carl ordenó al conductor:

—Aguárdeme. Le necesitaré dentro de poco.

Su visita al banco tenía por objeto conseguir dinero. Para ello, descendió al departamento de crédito y expresó su deseo de obtener cien mil créditos a cuenta del depósito de diamantes que hacía, valorado en cien millones de créditos.

Un robot electrónico le atendió, registró su petición y a los pocos minutos llegó un hombre, que se inclinó ante Carl.

—¿Señor Costak? Hacía un año que no sabíamos nada de usted.

—Estuve en mis minas de diamantes. Necesito dinero a cuenta de esto.

—Será un placer atenderle. ¿Quiere usted pasar?

—No tengo tiempo. Quédese el género, valórenlo según la cotización y abónenme en cuenta su importe. Ahora, necesito cien mil créditos para iniciar unos importantes negocios.

—La cotización ha bajado un poco. Pero sus diamantes son de excelente calidad. Desde luego, puede usted pasar a caja y retirar el crédito que pide. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Pocos minutos después, Carl regresaba al disco-taxi con una cartera metálica, donde llevaba la importante suma de dinero. Allí tenía la cantidad suficiente para comprar todo el Consejo Científico de Mank.

* * *

—¿El doctor Ubber? —preguntó Carl al hombre del cabello blanco que se había sentado detrás de la amplia y ordenada mesa.

—Sí, señor Costak. El señor Gerk, Director General del Banco de Mank, acaba de llamarme.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Luego, Carl se sentó en la cómoda butaca, frente al Presidente del Consejo Científico de Mank.

—Me he informado de la difícil situación financiera por que atraviesan ustedes —empezó diciendo Carl, sonriendo—. Y me interesa formar parte de este Consejo Científico. El Banco de Mank le habrá dicho que puedo aportar hasta cincuenta millones de créditos.

—Sí. Y no puedo creerlo. Me parece un milagro. Precisamente habíamos recurrido al Consejo Mundial en busca de ayuda. Pero ya debe de saber usted cómo actúan en Bremk.

Un zumbido se produjo en un tablero, sobre la mesa del doctor Ubber.

—Perdone un instante.

Ubber se levantó, se inclinó sobre su mesa y presionó un botón, diciendo con energía:

—No estoy para nadie, Marwy.

—Disculpe, doctor. Es una llamada urgente del Consejo de Seguridad —replicó una voz—. ¡Asunto extremadamente importante!

Carl, sin moverse, sonrió.

—¿Qué ocurre?

—¡Están desconcertados! ¡Piden que colaboremos con ellos! ¡Han pedido ayuda también al Consejo Médico! ¡Dicen que hay más de cien agentes inmovilizados!

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir, Marwy?

—No lo sé. Sólo piden que enviemos ingenieros físicos con equipo de investigación.

—Bueno. Envíe al equipo del doctor Jobson y que me informen con más detalle. Ahora no me moleste.

Ubber cerró la comunicación y volvió a sentarse ante Carl, frunciendo el ceño. Ahora, Carl le estaba mostrando el «positrón» que llevaba al cinto, prendido en la cadena.

—No conseguirán nada los hombres de su equipo, doctor. He sido yo quien ha paralizado a los agentes.

—¿Cómo?

—Será mejor que se lo explique todo desde el principio. No se trata de ninguna conjura, sino de un acto auténticamente defensivo de la humanidad, a la cual represento por derecho especial.

—¡No lo entiendo!

—Tenga calma, doctor Ubber. Usted recordará al ingeniero Vake Dossen. ¿No es así?

—Efectivamente. Pero ¿qué tiene…?

—El Gobierno está en manos de hombres que podrían modificar la historia de la humanidad. Tenemos pruebas. Incluso, lo que no podremos evitar, es la desconfianza que va a imperar dentro de poco en todo el Sistema. Vienen años aciagos y deplorables. Habrán rebeliones en la Galaxia. Se producirán motines y dará comienzo la terrible plaga de la piratería espacial por culpa de la nefasta organización política reinante.

»Existe excesivo nepotismo, demasiadas ambiciones y egolatrías. Esto no es nuevo para el hombre, pero los siglos de oscuridad que se avecinan, llenos de luchas y desastres, sólo pueden ser defendidos con la ciencia.

»Habrá técnicos-soldados y científicos-militares. Habrá guerra y habrá muerte y desolación. Pero no será el final de la humanidad, porque obtendrán la victoria final los hombres justos y honrados.

—¿Qué está usted diciendo, señor Costak?

—Le explico una realidad que he visto con mis propios ojos. Por eso he venido. En primer lugar, quiero dirigir éste y otros Consejos Científicos. De aquí ha de partir la tropa de técnicos que se harán cargo de la ciencia en todos los confines habitados de la Galaxia.

—Pero ¡todo eso es absurdo! ¿Quién es usted, señor Costak?

—Se lo explicaré todo, si me presta su atención. Empezaremos hablando del ingeniero Vake Dossen, que ahora se encuentra en un lejano

mundo, conocido aquí como NGTM-5…

* * *

El Consejo de Seguridad envió rápidamente dos millones de hombres que ocuparon las calles principales y los alrededores de Mank. Eran tropas de seguridad, provistas de armas modernas, material y equipo de guerra, contra levantamientos y rebeliones.

La situación, a juicio de los altos dignatarios del Consejo, era delicada y se implantó la ley marcial en toda la megápoli.

Lo que se pretendía era devolver al estado normal a los cerca de cien agentes de seguridad de Mank y descubrir el causante de aquella extraordinaria hazaña.

Así, mientras los técnicos y expertos estudiaban el caso, agentes y oficiales de seguridad investigaban a toda velocidad. Lo primero que se halló fue un aviso de un oficial, que figuraba entre los paralizados, dirigido al Consejero Wando, también paralizado, comunicándole la desaparición de Nedy Ogral y el hallazgo, en su celda, de un sujeto extraño e insólito.

Este sujeto, Carl Costak se encontraba en aquellos momentos en una dependencia del Consejo Científico, en compañía de Elga Muip. Detrás del edificio, en posición de despegue, había una nave interplanetaria ligera, dispuesta a salir hacia los altos espacios en cuanto Carl lo estimase conveniente.

La realidad era que, en menos de doce horas, el control absoluto del Consejo Científico estaba en manos de Carl Costak, quien operó con la llave maestra del dinero que el Banco de Mank puso a su disposición.

Carl no era tonto. En La Tierra sólo existía un medio para conseguir lo que uno se propusiera. Y este medio infalible era el crédito bancario o el dinero.

Incluso el doctor Ubber se puso incondicionalmente al lado de Carl.

Y acerca de todo esto hablaban en aquel instante Elga y Carl, mientras éste último esperaba noticias de los ingenieros y técnicos enviados al edificio del Consejo de Seguridad.

—Ha estallado la primera espoleta, Elga —decía Carl—. No puedo retroceder, ni tampoco quiero exponerte. Si las cosas empeoran, tomaremos esa nave interplanetaria, que va equipada con un perfecto y moderno sistema de radiotelevisión, y nos iremos a cualquier pequeño mundo del Sistema. Es peligroso permanecer aquí, pese a que contamos con la ayuda in-condicional del Consejo Científico.

—¿Por qué no te diriges al Consejo Mundial?

—Eso es lo que ha hecho Thomas Welker. Él está ahora allí, destruyendo la historia. Es su cometido. Él entiende así su deber. Yo, que

conozco el futuro, debo actuar según la norma establecida. No puedo hacer otra cosa.

El visófono de la mesa zumbó. Carl lo conectó y se situó ante la cámara.

—¿Qué hay, doctor Ubber?

—Le buscan, señor Costak. Nos lo han comunicado nuestros ingenieros desde el Consejo de Seguridad.

—Por favor, doctor Ubber, ordene vigilar los accesos del…

—No se preocupe. Ya está hecho. Y también he ordenado inutilizar totalmente la transportadora de Oxwell, para que no pueda ser utilizada. Eso significa que el ingeniero Dossen no podrá regresar.

—No —contestó Carl, sonriendo—. Significa que él será, en lo venidero, junto con Nedy Ogral, quien se ocupe de la instalación de M'gaypú. Uno de ellos nos visitará frecuentemente y la ayuda económica que nos traigan sostendrá nuestra lucha.

—No desfalleceremos, señor Costak.

—Gracias, doctor Ubber.

Carl cerró la comunicación y se volvió a Elga.

—Tenemos suerte. Todo va saliendo bien.

—Pero ¿no has dicho que conoces el futuro?

—Sí, naturalmente. Sé lo que va a suceder.

—¿Y es malo?

—No… ¡peor! Aunque tú no debes preocuparte. Nosotros nos queremos y saldremos adelante de todas las dificultades que se avecinan.

Elga se abrazó a él y pareció buscar protección en su pecho.

Carl le acarició el cabello, musitando:

—Sé que has sufrido mucho, pero lo peor ya ha pasado para ti.

Un timbre zumbó en la estancia. Carl se volvió y presionó el conmutador que permitía la entrada. Se descorrió la puerta y apareció el doctor Ubber, que venía acompañado de otro individuo.

Carl se fijó particularmente en este nuevo sujeto.

—¿Qué hay, ingeniero Jobson?

—La niña está a salvo, señor Costak —replicó el hombre.

Sin inmutarse, Carl dijo:

—Lo sabía. ¿Dónde se encuentra?

—Atendida en la enfermería del Consejo de Seguridad. Dada la confusión reinante, no creo que sea difícil sacarla de allí.

Sobre la mesa estaba el maletín con el dinero que Carl sacó del banco el día anterior. Lo abrió y dijo a Jobson.

—¡Tome lo que sea preciso, pero hay que traer aquí a Derna!

—Puede usted confiar en el ingeniero Jobson, señor Costak —dijo el doctor Ubber—. Solucionará ese asunto.

—Confío en todos ustedes, como asimismo les ruego que confíen en mí. La vida de todos nosotros es lo que menos importancia tiene. Pero esa chiquilla está vinculada a la clave cósmica de que le hablé, doctor Ubber. Cualquier contratiempo o error supondría un auténtico desastre de proporciones universales. Pero estoy seguro de que no habrá error.

Jobson, nervioso, tomó dos fajos de billetes y dijo:

—Creo que esto será suficiente.

Carl le dio dos fajos más.

—Llévese diez mil, ingeniero. Que todos queden satisfechos. Por dinero no quedará.

—Me preocupa la vigilancia que hay en las calles. Y con una criatura tan pequeña…

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó Elga, adelantándose—. Una mujer con una niña en brazos no despertará sospechas, si el ingeniero Jobson consigue sacarla de donde está.

—¡Eso sería magnífico! —exclamó Jobson—. Mi equipo está trabajando en la reanimación de los agentes…

—¡Ah, Jobson! —remarcó Carl—. Apúntese un tanto a favor de la ciencia. Eso nos puede ser útil. Un baño o ducha de agua a bajo cero reanimará a esos hombres.

—¿De veras? —inquirió Jobson, abriendo mucho los ojos.

—Se lo aseguro.

—¡Vuelvo allá inmediatamente! ¿Viene usted conmigo, señora Costak?

—Sí —dijo ella, resuelta.

Carl todavía vaciló un instante. Luego, dijo:

—Está bien. Ve, Elga. Es una gran suerte esto de saber lo que va a ocurrir. Me prepararé convenientemente antes de regresar.

Elga y el ingeniero Jobson salieron. El doctor Ubber se quedó con Carl.

—De no haber sido por las muestras de autenticidad que me ha dado, no habría creído en sus palabras, señor Costak. Pero debe admitir que su relato es francamente asombroso.

—Admitido, doctor Ubber. Soy un hombre que estaba condenado a morir. El doctor Welker no se engañaba. Mi «spectrograma» era auténtico. Sin embargo, la gran casualidad fue tropezarme con el ingeniero Dossen, aquella noche.

»Si pasa por allí otro bólido, yo estaría muerto y Nedy Ogral habría permanecido sola en M'gaypú diez mil años. ¿Por qué ocurren estas cosas? ¡Ah, mí querido amigo! Eso debe de ser estricto mandato divino. Ni siquiera en M'gaypú se sabe. Allí todo posee un extraño rigor técnico y científico.

—¡Me gustaría conocer aquello! —exclamó el doctor Ubber, que era un hombre de ciencia de los pies a la cabeza.

—Puede que lo consiga. Aquí van a ponerse las cosas difíciles hasta que nuestro amigo Edwy Gerk consiga ser elegido Presidente del Consejo Mundial… ¡Y esta ciudad será destruida!

—¡No!

CAPÍTULO IX

—Es muy amargo para mí saber que vas a matarme, Vake —habló Nedy Ogral, tristemente.

—¿Cómo puedes decir eso, Nedy?

Se encontraban ambos en la sala de control de mando de M'gaypú, junto a la máquina parlante de información. Ahora, Nedy vestía las ropas de «berilflex», color malva, que había llevado últimamente en La Tierra, antes de ser «recuperada» por Carl Costak.

—Es cierto, Vake. Nosotros, no podemos cambiar nuestro destino. Tiene que ser así.

—¡No! ¡No puede ser así! ¡Yo te quiero, deseo estar contigo, aquí o donde sea!

La expresión de tristeza de las facciones de Nedy se acentuaron.

—Eso es cierto, Vake. Me quieres. Pero este mundo te desquiciará. Esto, que sería la mayor ilusión de cualquier otro ingeniero físico, terminará causándote una terrible depresión.

—¡No! ¡Debe de existir algún error, Nedy. Carl no me dijo nada de esto. Hicimos un trato. Yo me quedaría aquí contigo, siempre, mientras él se iba a La Tierra para luchar por la salvación de la humanidad en peligro. No me importa que se quede con Elga… Me casé con ella por necesidad, pero no la quería realmente. Sólo la necesitaba.

—Lo sé, Vake —replicó Nedy—. Hace años me tropecé contigo en la universidad. Fue un encuentro fortuito que no volvió a repetirse. Pero desde aquel instante siempre he llevado conmigo un agradable recuerdo tuyo.

»Quizá fuese sólo una impresión juvenil. O un sueño de algo anhelado y frustrado, que, realmente, no ha afectado a mi vida. Pero el conocer lo que va a suceder entre nosotros hace imposible el amor que tú dices sentir.

—¡Por favor, Nedy! ¡Eso no puede ser cierto!

—Lo es y puedo demostrártelo ahora mismo. Derna Robles me lo ha dicho. Ella vendrá aquí dentro de veinticinco años. Habrá invertido el tiempo. Mi hija hizo esa grabación filmada a modo de tributo hacia mí, por haberle dado el ser.

—¿Y cómo sabe…?

Nedy bajó la mirada al suelo, musitando:

—La historia es inalterable, Vake.

—¡Yo te demostraré que eso no es cierto, Nedy! —exclamó Vake, tomando apasionadamente las manos de ella—. ¡Te quiero! ¿Cómo podría causarte el menor daño?

—Ya te lo he dicho. Mi compañía te será odiosa con el tiempo.

—¿Acaso falta mucho tiempo para que… que ocurra eso?

—Sí. Falta todavía tiempo.

—¡No me digas cuánto, Nedy! ¡No quiero saberlo! Si es cierto, déjame vivir contigo hasta ese momento.

Nedy se esforzó en sonreír.

—Soy humana, Vake. Se me hará difícil convivir con el hombre que acabará con mi existencia. Pero no hay otra solución. Ayúdame, ¡por favor te lo pido!, a olvidarme de eso. Puede ser posible. Aún nos quedan años de felicidad.

—¿Y… después, Nedy? ¿Qué ocurrirá después?

—¿De veras quieres saberlo?

Él dudó en contestar. Al fin, dijo:

—No. Es mejor no saberlo, amor mío.

La atrajo hacia sí, buscó sus labios y Nedy se entregó a él, luchando desesperadamente para borrar la terrible impresión de unos recuerdos que todavía no se habían producido.

El suyo era un destino singularmente extraño y paradógico. Pero no había escapatoria. Era necesario aceptar su suerte y procurar sonreír, cuando menos.

—Te quiero, Nedy.

—¡Me hace muy feliz oírtelo decir! —exclamó ella, disipados, por un instante, los funestos pensamientos.

Luego, juntos, vagaron por la sala de control de mando. Nedy le explicó infinidad de cosas que allí habían, especialmente máquinas de maravilloso funcionamiento.

—En realidad, aquí no tengo que hacer nada. Las máquinas, que están en todo el planeta y cumplen distintos cometidos, lo hacen todo. Fueron preparadas, incluso, para repararse, porque sufren el lógico desgaste.

—¿Y si están muy estropeadas?

—Se retiran definitivamente. Ellas mismas se construyen. Tengo que llevarte a uno de esos silenciosos e inmensos talleres donde se construyen las máquinas. Todo es automático, perfecto.

»Por otro lado, hay máquinas científicas, que ensayan continuamente nuevos sistemas y circuitos. Hay máquinas calculadoras, computadoras, de investigación, de coordinación, de verificación, etc. Son una inmensa familia con cientos de miles de almas electrónicas que cumplen inalterablemente su misión propia.

»Pero todo este vasto engranaje, que podemos seguir desde la fabricación de la célula sintética más simple, al más complicado aparato de radiospectrografía estelar, no funcionaría sin la presencia del ser humano en esta sala.

—¿Y a qué es debido eso? ¿No dices que todas esas máquinas trabajan

solas?

—Exacto. Sin embargo, fueron obra del ser humano. Ése es su principio. Siempre el hombre ha de ser superior a ellas, de lo contrario se autodestruirían. Las hizo el hombre hace millones de siglos y el hombre debe seguir velando por ellas, superándolas con su espíritu.

»La máquina, por sí sola, no tiene razón de ser. Sería como hacer algo sin utilidad, torpemente, sin objetivo. Y eso no es ley divina. Dios hizo, al hombre con parte de su espíritu. El hombre hizo la máquina con ese principio. Cada uno sirve a su señor.

—Es maravilloso, Nedy.

—Sí, francamente maravilloso, aunque no se haya logrado aún la perfección suprema. No sabemos si será posible llegar. Supongo que sí, aunque el fin no existe.

—¿No habéis podido llegar hasta el máximo futuro?

—No. Dentro de milenios y milenios y milenios, nuestra humanidad, salvada numerosas veces de los peligros del desastre final, se habrá confundido enteramente con otras humanidades, cuyo proceso evolutivo se desarrolla en otras galaxias del universo infinito.

»Al igual que las razas primitivas de La Tierra se mezclaron entre sí, y luego nos mezclamos con otras razas de distintos mundos habitados de esta misma Galaxia, las razas del futuro, infinitamente más evolucionadas, se mezclarán durante lo que se puede llamar el infinito del tiempo.

»Quizás allá esté Dios aguardándonos. Y nos acogerá complacidos. Habremos llegado a lo que tal vez Él haya querido de nosotros. Esto es una hipótesis únicamente y no quisiera caer en la herejía. Pero el concepto que aquí tenemos de Dios es infinitamente más grande que el sustentado en nuestro planeta madre.

—Creo que tienes razón, Nedy. Ahora me siento muchísimo más pequeño que en Mank.

* * *

La reunión tenía lugar en una grandiosa nave espacial militar. En torno a la mesa del Almirante Bomerk, seis importantes personajes de La Tierra celebraban una trascendental conferencia.

Sentado a la presidencia había un hombre que pocos años antes había vislumbrado la muerte. Carl Costak estaba serio, vestía con suma elegancia y todavía llevaba el «positrón» al cinto. Su atuendo, empero, como el del Presidente Edwy Gerk, antiguo Presidente del Consejo del Banco de Mank, era civil. Mientras que todos los demás llevaban el uniforme verde esmeralda de las fuerzas armadas.

—Caballeros —estaba diciendo Carl—, la destrucción de Mank ha sido

un acto brutal e innecesario.

— No estoy de acuerdo con eso, Consejero Costak —replicó el Almirante Bomerk—. Nuestro Consejo de Guerra, estimó conveniente cumplir el ultimátum. El enemigo necesitaba un escarmiento y se jactaba de que no éramos capaces de cumplir nuestra amenaza.

—Por favor —intervino el Presidente Gerk, conciliante—. Fui consultado y no tuve más remedio que acceder. Tú sabes muy bien lo que eso significó para mí, Carl. Mank era mi ciudad natal.

—¡Si estamos reunidos aquí, es para evitar que esos actos de genocidio puedan repetirse! —exclamó Carl Costak—. Yo no quería esto.

—Pero ¡usted lo sabía, Consejero Costak! —exclamó un alto general de la Armada Espacial.

—Lo sabía… Mejor dicho, yo creí que esa hecatombe la habían producido ellos. El rebelde Wando se defenderá hasta su muerte con todos los medios a su alcance. La ayuda obtenida de los «sirkos» no entraba en mis cálculos.

»Yo sé que esta contienda no la veremos terminada ninguno de los que estamos aquí. Son muchos años los que han de transcurrir aciagamente para la humanidad.

»Se extenderá a vastas regiones de la Galaxia. Será como una guerra civil de colosales dimensiones cósmicas, durante cuyo período descubriremos nuevos y lejanos mundos, que se unirán a los dos bandos en pugna. Habrán períodos de paz, sí. Pero incontables batallas espaciales… ¡Y hasta desaparecerán mundos enteros, fragmentados por formidables armas destructivas que los hombres lanzarán sobre los refugios de sus enemigos!

—¿Y no producirá eso un caos galáctico? —preguntó el Presidente Gerk.

—No, Edwy. Las fuerzas magnéticas del cosmos serán auxiliadas por poderosísimos controladores que restablecerán el equilibrio, lo mismo que ocurre cuando estalla un «pulsar» o surge una «supernova». En realidad, el hombre ya está en condiciones de colaborar con la mecánica celeste.

—Sí —admitió un consejero científico-militar—. En Júpiter estamos instalando un enorme radiocontrol gravitacional, para evitar que la destrucción de la Luna o Marte pueda alterar violentamente el curso planetario de los demás mundos del sistema. Al frente de esa instalación se encuentra el prestigioso doctor Jobson.

Carl tuvo una sonrisa para el recuerdo de Jobson, el hombre que le devolvió a Derna de la enfermería del Consejo de Seguridad de Mank, cuando él rescató a Nedy Ogral de su encierro.

Los recuerdos de Carl se vieron cortados súbitamente, al zumbar un avisador en un ángulo de la sala.

—¡Un aviso importante! —exclamó el almirante Bomerk, poniéndose en pie de un salto.

Era un hombre ágil, pese a su edad. Conectó la placa visora y exclamó:

—¿Qué ocurre, Dew?

—Noticias del Alto Estado Mayor, señor. El comando especial del teniente Robles ha logrado capturar al doctor Welker — dijo la voz del oficial de órdenes.

Carl Costak sufrió un estremecimiento involuntario. Los dos nombres citados en el informe estaban estrechamente vinculados con él.

—¿Dónde está Welker? —preguntó Carl, mirando a Bomerk.

—Le llevan a la base espacial de Gukmar.

—¿A Marte?

—Sí, señor consejero.

—Ordenen poner rumbo hacia allá inmediatamente —dijo Carl, levantándose—. Deseo ver a esos dos hombres.

—¿Qué hombres? —se extrañó el presidente Edwy Gerk.

—A ese teniente Robles y al doctor Welker. Y ahora, perdonen, caballeros. Debo retirarme a mis instalaciones particulares. Sigan ustedes con la conferencia. Creo que no me necesitan para nada. De lo contrario, ya saben dónde estoy.

Todos se levantaron cuando Carl Costak, el consejero especial del presidente, abandonó la sala, utilizando uno de los ascensores horizontales de comunicación interior.

Al salir de la camareta, minutos después, en una amplia y confortable cabina de la nave, una preciosa chiquilla de seis años abandonó la compañía de la mujer con la que estaba jugando, para correr a brazos de su padre.

—¡Papá, gracias por haber venido a verme!

—Querida Derna, ¿cómo iba a pasar yo más de veinticuatro horas sin verte?

Elga Costak, más guapa que nunca, también se levantó, acercándose al grupo formado por su esposo y su hijastra. Besó a ambos casi a la vez y preguntó:

—¿Qué noticias hay, Carl?

—¿Te acuerdas del doctor Welker?

—Sí, ¿cómo le iba a olvidar? Él fue el causante de todo esto.

—¡Ha sido capturado! Ahora estamos cambiando de órbita para dirigirnos a Gukmar.

—Gukmar es un bastión militar del planeta Marte —dijo Derna en tono escolar—. Es refugio antiradioactivo…

—Sí, querida. Veo que te sabes bien la lección de «martelogía». Me han dicho tus profesores que eres muy estudiosa. Pero además de ver en

Gukmar al doctor Welker, deseo presentarte a alguien que te interesará conocer.

—¿A quién, papá?

—A un joven, apuesto y valiente oficial de comandos, llamado Pedro Robles.

Derna sonrió y no comprendió.

* * *

Thomas Welker entró en la sala donde Carl Costak estaba aguardándole. El joven y apuesto teniente Robles venía acompañándole, sin armas.

Al entrar ambos en la sala, las puertas electrónicas se cerraron tras ellos.

—A sus órdenes, señor consejero —saludó académicamente el joven oficial—. Éste es el doctor…

—Nos conocemos muy bien, teniente. ¿O prefiere que le llame capitán? Sé que acaba usted de ser ascendido.

El joven oficial se ruborizó.

—No sabía… Tampoco merezco este honor. Por edad no me corresponde.

—Pero sí por méritos de guerra, teniente. ¿No crees que se ha portado dignamente, Thomas?

El detenido asintió tristemente.

—Está tan loco como tú, Carl.

—¡Más respeto con el señor consejero! —gritó Pedro Robles, secamente.

—Déjele, teniente. Pero siéntense los dos, por favor. Tenía muchas ganas de verte, Thomas.

—Yo a ti ninguna.

—Lo supongo. No fuiste muy noble conmigo, pese a saber lo que ibas a ocasionar.

—¿No dijiste tú mismo que ése era mi destino?

—Sí, ciertamente. Y debí impedirlo. He fracasado.

Carl Costak hablaba en tono sincero y enigmático.

—No puede evitarse lo inevitable. Llegué a vivir obsesionado con la idea. Y confieso que hasta llegué a intuir mi propio ego en dimensión distinta. Puede que tuvieras razón, Carl.

—La tenía, Thomas. Tú y yo hemos sido instrumentos del destino. La guerra no terminará con tu captura, ni tu desaparición cambiará las cosas. Nada puede ser cambiado en ningún momento, por mucho que nos esforcemos.

»Tú tenías que hacer lo que has hecho y yo también. Nosotros podemos hablar sin subterfugios ni rodeos, Thomas. Nos hemos comprendido perfectamente.

—Sí. Ahora, ¿qué piensas hacer conmigo?

—Lo que nadie puede evitar. Hay una teleportadora de energía esperándote. Llegarás a M'gaypú pocas horas después de la muerte de Vake Dossen, pero has de estar cien millones de años desintegrado en el dimensor integral.

»Es una curiosa máquina ésa. Hay un desajuste en el tiempo, si no recuerdo mal. Con el paso de los años, mi memoria flaquea un poco, Thomas.

»Vake Dossen matará a Nedy Ogral. Así se estableció. Tú relevarás a Vake. Al fin de tu estancia en M'gaypú se habrá establecido la paz en la Galaxia y la piratería habrá sido exterminada. El parricidio de Dossen será juzgado por unas máquinas que jamás han funcionado en M'gaypú, y que fueron hechas, precisamente por ti, para esta única ocasión histórica.

»Vake no podrá ser castigado por las máquinas, pero su culpa le hará permanecer en M'gaypú cien millones de años. Y ese tiempo de desfase cerrará el ciclo perfecto que tú mismo iniciaste hace cien millones de siglos.

El teniente Pedro Robles tuvo la sensación que los cabellos se le ponían de punta, al escuchar aquellas incomprensibles palabras. Creyó, por un momento, que se las estaba viendo con dos locos incurables.

Thomas Welker, agobiado, canoso y abatido, no replicó. Se limitó a escuchar con la cabeza baja.

—Nos conocemos hace tiempo, Thomas. Tenía yo dieciséis años cuando llegaste al hospital. Recuerdo que para congraciarte conmigo me ofreciste un caramelo. Me tomaste por un chiquillo de menor edad, dado mi escaso desarrollo. Luego me invitaste a un refresco.

—Lo recuerdo —musitó Welker—. ¿Quién iba a imaginar, en aquellos días, lo que tenía que sucedernos luego?

—No, ciertamente, yo no podía imaginarlo siquiera. Bien, Thomas. El destino se está cumpliendo. El criminal presidente Wando será aniquilado pronto. Los restos de su maldito corrompido ejército escaparán a los espacios y durante siglos proseguirá la lucha. Pero La Tierra será casi respetada. Eso es una gran victoria para nosotros.

—¡Déjame aquí, Carl! —suplicó Welker, súbitamente—. Me aterra él pensamiento de vivir tanto tiempo en el vacío interestelar.

—Lo siento, Welker. Es inevitable. En unos años más, tu organismo enfermaría y ya no podrías salvarte. Debe ser así. Quiero que esta noche, sin rencores, vengas a cenar conmigo. El teniente Robles vendrá también. Deseo presentarle a una personita que anhela conocer al héroe del rapto

más sensacional de esta guerra.

Pedro Robles se ruborizó de nuevo.

—¿Acaso desea conocerme su esposa, señor consejero? —preguntó.

—Sí, desde luego, teniente. Pero también mi hija Derna.

—¡Oh, será un alto honor para mí, señor consejero! ¿Me permite llevarle algún obsequio a su hijita?

—Hágalo, teniente. No será el único. Se lo aseguro —Carl sonrió.

Thomas Welker, sin embargo, parecía hundido en el pesimismo.

CAPÍTULO X

En el mismo instante en que Nedy Ogral caía muerta en el suelo, con el cráneo fracturado por el violento golpe de la barra de uranio, y un grito bestial se escapaba de los labios del homicida, en La Tierra, a doscientos años luz de distancia, otra parte del drama que sólo podía conocer la clave cósmica establecida al principio de todos los tiempos, se desarrollaba en una preciosa mansión rodeada de árboles, jardines, pequeños lagos y setos floreados.

Elga Costak lloraba la muerte de un valiente soldado.

La noticia se la llevó Carl personalmente.

—Pedro ha muerto —dijo Carl, sin entonación en la voz.

Pedro Robles era como un hijo de ambos, el esposo de Derna, un miembro de la familia.

Elga se estremeció. Hacía tiempo que esperaba aquella noticia. La temía y sufría en silencio.

Su rostro, no obstante, no alteró sus facciones:

—¿Cómo ha sido? ¿Lo sabe Derna? —preguntó.

—Todavía no. Se lo diré cuando venga de la ciudad… Su nave entró en combate en las proximidades de Nerky. Los piratas le atrajeron a una emboscada. Habían situado baterías bajo las aguas y cubrieron los lagos con sustancia indetectables. Fue una trampa en la que Pedro no debió caer. Pero su ímpetu le llevó al desastre. Era inevitable.

—¡Pobre Pedro! ¡Será un golpe muy rudo para Derna!

Carl, envejecido por los años, cansado y triste, se sentó al lado de su esposa y la besó en las mejillas.

—Éste es nuestro mundo, Elga. Pero hay más noticias. La más importante no te la he dicho aún.

Elga abrió mucho sus húmedos ojos.

—¿Qué es, Carl?

—Hoy, doce de septiembre del año 2960, tenía que morir también Nedy Ogral. Estoy seguro de que su destino se ha cumplido, como el de Pedro.

—¡No! ¿Cómo lo sabes, Carl?

—Lo sé. Yo estuve en M'gaypú y vi allí a nuestra Derna.

—¡No puedo creerlo! ¡Jamás he creído que eso pudiera ser cierto! ¡Nuestro mundo es real, Carl! ¡Tus abstracciones no pueden existir, son falsas!

Mientras gritaba, Elga intentó levantarse, pero él la retuvo, sujetándola de la mano.

—Lo siento, Elga. Tu alma es sencilla y tu razón es simple. Tú no

puedes entender esto. Por eso no he hecho por explicártelo correctamente. Habría sido inútil. ¿Recuerdas cuando Pedro capturó a Thomas Welker?

—Lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer noche.

—Pero no recordarás lo que hablamos durante la cena.

—Sé que dijisteis muchos disparates. Luego el doctor Welker fue ejecutado por el ejército.

—No fue ejecutado. Eso es lo que se dijo. Se le envió a M'gaypú, donde las máquinas allí existentes lo retienen, a la espera de su destino… ¡Un destino que él mismo imaginó hace mil millones de siglos!

—¡No! ¿Cómo puedes decir tal cosa, Carl? —exclamó Elga, consternada.

—Lo digo porque es así. Yo he formado parte de ese destino. Tú también, y lo mismo Derna. Debes escucharme, Elga. Quiero que me creas aunque sea contra tu misma razón. Tienes que aceptarlo aunque no puedas comprenderlo. Eso es lo que quiero de ti… ¡Porque pronto vas a perder también a Derna!

—¡No, eso sí que no! ¡No lo soportaré! —casi aulló la mujer—. Derna es lo único que me queda, Carl. ¡No me la quites también!

—No te la quito yo, Elga. Te la quita la vida. Ella tiene un destino sagrado que cumplir. Y eso no podrás evitarlo ni tú ni nadie.

—¡Si Derna muere, me moriré yo también!

—No voy a morir, madre —habló una voz en la puerta del salón.

Carl y Elga se volvieron, al ver a la hermosa joven de dorados cabellos y uniforme verde esmeralda, como las esposas de los altos jefes militares de la época.

Con paso elástico, gracioso y femenino, Derna se acercó a su padre y le besó la nariz. Luego, abrazó también a la convulsa Elga.

—Tú no tienes que morir, mamá. Yo me iré, pero no muero. Al contrario, voy a vivir muchos años —Derna sonrió y añadió—: Sabía desde niña cuanto iba a suceder. No he sido una mujer como las demás. Me habría gustado ser como tú, pero papá me preparó hábilmente para mi suerte.

»Y ya no puedo llorar por nadie. Sé lo que iba a suceder. ¿Se ha cumplido tu profecía, papá?

—Sí, hijita. Lo siento.

Derna se puso triste.

—Tenía la esperanza de que hubiese algún error. Ahora me alegro de que no haya sido así. ¿Cómo ha muerto?

—Luchando valientemente contra Ismak Grady.

—¿Acaso nadie acabará con ese perro rabioso? —masculló Derna.

—Pedro fue valiente e impulsivo y cayó en la trampa… Doble trampa en este caso, porque de no haber existido Ismak Grady, habría muerto hoy

mismo de otro modo.

—¿Por qué, Carl? ¿Por qué ha de ser así? —preguntó Elga Costak, al borde del paroxismo.

—Porque si fuese de otra manera, nosotros no estaríamos aquí. Te he dicho antes que debes creerme aunque no puedas comprenderlo. Sólo yo soy partícipe involuntario de esto, porque un día, cuando quise terminar con mis sufrimientos, me lancé al paso del bólido del ingeniero Vake Dossen.

»Sólo yo no estaba en los designios multiseculares de Welker. Yo soy el accidente… Y tú lo eres también, Elga. Tú eres la testigo humana de la tragedia, del drama, de lo que quieras. Nosotros tenemos demasiados nombres para llamar a las cosas. El único nombre exacto de esto es uno: la verdad.

»¡Es verdad, Elga! ¡Es verdad todo!

—Sí, mamá. Es verdad. Y Thomas Welker, en una dimensión desconocida, ha trabajado para que no fuese cierto. Él sabía, de algún modo, que era cierto todo, porque lo vio en sus máquinas hace millones de siglos. Pero intentó impedirlo y no ha tenido éxito.

»Y todo tenía que ser así, como ha sido y será, porque es absolutamente necesario para todos los seres que han vivido, viven y vivirán en el Universo… ¡Es así por designio divino! Y Welker, o como se llamase en su remoto tiempo, no lo ha podido impedir.

Elga Costak no encontró palabras para replicar. Era la muchacha a la que quería más que a su vida, y que ni siquiera era hija suya, la que le hacía ver la verdad que su esposo no le hizo ver jamás.

—¿Y tú aceptas eso?

La pregunta pareció un manotazo en el rostro.

—¿Puedo impedirlo? ¿Puede impedirlo alguien?

—¡Sí, yo puedo impedirlo, Derna! ¡Pediré a Dios que no te lleve a mi lado! —había tanta fe en las palabras de la mujer que Carl no pudo por menos que sentir una gran alegría.

—Eres muy buena, Elga. Por bondad acogiste como esposo a Vake Dossen sabiendo que era un cobarde, un huido, al que diste refugio. Y por bondad quisieras ahora cambiar el designio de Dios, como si esto fuese posible.

»La bondad, esposa mía, sólo es arma para ser volcada sobre los demás. Arma que daña y cura, porque no hay amor sin dolor.

»Sonríe en vez de llorar, Elga de mi vida. Hoy es día triste, pero a la vez alegre, porque representa el triunfo de la verdad sobre la mentira. Y eso tiene muchísimo valor.

»Welker pagará su egolatría. Él y los suyos hicieron las máquinas de M'gaypú. Ahora están vencidos. Han sido derrotados. Welker pagará su

error y purgará su delito.

—Pero ¡si él no nos hizo daño alguno! ¡Si tú le trataste como a un amigo íntimo!

—Yo sabía quién era, Elga. Él no lo sabía. Él nació en este planeta hace sesenta años. Tuvo padre y madre. Estudió para médico, sanó y atendió al prójimo. Él no sabía que, en otras dimensiones, su «yo» estaba tramando una universal conjura. La vida de un ser no cuenta en absoluto dentro del concierto universal de todas las vidas. No somos más que una insignificante brizna.

— ¿Y mi…? —Derna se detuvo. Abrazó a la convulsa Elga y luego añadió, mirando a su padre —: ¿Y Nedy?

Carl asintió con la cabeza.

* * *

Nedy Ogral yacía en el suelo metálico, con el cráneo fracturado.

Vake Dossen retrocedía lentamente, empezando a comprender el alcance de lo que había hecho. Ni siquiera sabía qué le indujo a cometer aquel crimen. Fue un acto impulsivo, terrible y aniquilador.

No pensaba en matar a la mujer que vivía con él en la inmensa soledad de aquel mundo de máquinas y galerías subterráneas. Fue un gesto irreflexivo, impensado.

Ella le había llamado varias veces por los altoparlantes, desde su alojamiento. Ella sabía lo que iba a ocurrir porque había medido escrupulosamente el tiempo. Pero tampoco Nedy podía hacer nada por evitarlo.

Entonces, como él estaba demasiado absorto en su trabajo, tratando de descifrar el misterio de la transportadora de energio, Nedy fue a buscarle. Entró en el laboratorio y le llamó de nuevo.

— Vake, es la hora de…

No pudo terminar la frase iniciada. El verbo comer se estranguló en la garganta de ella, como si estallase.

Vake tenía una barra de uranio en la mano. Emitió un rugido infrahumano, se volvió y golpeó a Nedy.

«¡Es la hora de morir!», debió de decir Nedy.

Habían estado juntos muchos años… ¡Muchísimos años! Nadie podría comprender que llevaban allí diez mil años, mientras que en la Tierra sólo habían transcurrido veinticinco.

Esto era uno de tantos misterios de M'gaypú.

La realidad estaba allí, ante los ojos desorbitados de Vake: ¡había matado a Nedy!

Lentamente empezó a recuperar sus facultades perdidas. Demasiado

tiempo absorto en el estudio de aquella endiablada máquina que sólo el diablo pudo haber construido. Demasiados años intensamente trabajando, estudiando y diseñando, en el inútil esfuerzo por desentrañar un misterio que era incapaz de comprender.

En alguna distante dimensión, Thomas Welker debería estar burlándose de él.

Vake no pensó siquiera en lo que Nedy le dijo un día:

»—¡Tú me matarás, Vake!

En cambio, ahora, los recuerdos volvieron atropelladamente en su memoria. El cuerpo sin vida de Nedy, tendido en el suelo azul, era un testimonio demasiado fehaciente de aquélla verdad.

Y gimió:

—¡No…! ¡No puede ser!

Retrocedió, salió del laboratorio y corrió desesperadamente por el pasillo. Se desorientó. Era fácil perderse por aquellos corredores tan exactamente iguales entre sí.

Corrió hasta el agotamiento, hasta el aturdimiento, hasta que no supo por que corría. Luego, cayó extenuado al suelo. Allí le recogieron dos máquinas-soldados. Eran robots de tipo androide, de pies y brazos articulados.

No hablaban. Se inclinaron sobre él y sus dedos metálicos le agarraron. Vake intentó rebelarse y gritó:

—¡Soltadme! ¡Soy el hombre!

Sin embargo, parecía que los dedos de acero se engarfiaban más profundamente en su carne, hasta causarle dolor.

—¡Dejadme ir! ¡Os lo mando!

No le obedecieron porque estaban hechos para ejecutar órdenes y no para escuchar la voz humana. Tenían que cumplir un mandato de sus circuitos electrónicos. Por esto se llevaron de allí a Vake, conduciéndole a una sala donde había una máquina-juez.

Frente a la extraña máquina existía una silla con abrazaderas metálicas. Allí fue sentado Vake. Las abrazaderas le aprisionaron brazos y pies dejándole totalmente imposibilitado.

Entonces se celebró un juicio que había sido previsto ciento de siglos atrás. Un juicio en donde no hubieron palabras, sino ideas, impulsos mentales, sensaciones. Era el único modo de expresar la verdad. Y los pensamientos de Vake Dossen, como dialogando consigo mismo, no podían ser falsos. Nadie puede mentirse a sí mismo. Fue un juicio interior, como un examen de conciencia.

—Soy un cobarde, un miserable aborrecible, un engreído y un necio. Jamás he tenido capacidad humana. Recuerdo que sentí primero algo que tomé por admiración por Marcus Oxwell, el inventor de la transportadora

de materia. Pero no era admiración, sino envidia. Yo no podía admirar a nadie excepto a mí mismo.

»Entonces era yo estudiante de ingeniería. Aprendí mis lecciones en los sensitores, como todos los demás… Pero mi tesis fue un engaño. La copié de una idea de mi padre.

»Después me dije que era necesario mejorar la invención de Oxwell, y a ello dediqué mi esfuerzo. Supe atraer hacia mí el interés del Consejo Científico. Me valí del esfuerzo de otros compañeros, a los que expolié sus ideas, sin compasión de nadie.

»Así me hice conocido. La transportadora de materia sí que podía ser mejorada con un elemento del que no disponíamos en la Tierra. Me dije, porque sabía que Oxwell también se lo había dicho, que en otra parte del universo tenía que existir un material más adecuado que el uranio.

»No fue un acierto, porque yo era incapaz de hacer nada por mí mismo. Hice que se buscase el material, al que puse el nombre de energio, y la casualidad lo encontró.

»Después, cuando me designaron para venir aquí con una transportadora de materia, tuve un miedo terrible. Y por eso huí. De no haber encontrado a Carl Costak, que era un infeliz al borde de la muerte, todo habría sido distinto.

»Mi cobardía me indujo a enviar a Carl Costak en mi lugar…

Vake continuó repasando sus recuerdos casi olvidados en el tiempo. Ignoraba que todas sus ideas estaban siendo recogidas por la máquina-juez y grabadas en una plancha magnética, de cuproníquel, por medio de un procedimiento electromagnético.

Vake siguió hablando hasta llegar al final:

—Creí que aquí, rodeado de tanto ingenio maravilloso, podría descubrir secretos científicos que siempre había ignorado. Nedy me dejó trabajar. Y en mi ceguera, absorto totalmente, llegué incluso a olvidarme de ella. Soy culpable. La he matado… ¡Ni siquiera pensé que así había sido escrito por el destino!

Algo así como una voz terrible pareció estallar en la mente de Vake:

—¡El destino de los hombres se lo trazan ellos mismos! ¡Si fuiste advertido de lo que iba a pasar, no debiste hacerlo!

Vake hubo de admitir que esto era cierto. Él lo sabía y, pese a ello, lo hizo.

—Soy culpable.

—Serás condenado a vagar por este mundo, irredento, cien mil años. No tu cuerpo, que es vil materia, sino tu alma. Ya no volverás jamás a la vida, pero tendrás consciencia de lo que te rodea.

»¡Tu cuerpo va a morir en este mismo instante! ¡Ya no serás más lo que has sido!

Jamás habría de saber Vake si aquella sentencia la había pronunciado él o bien le había llegado desde el exterior, del pasado o del futuro.

Sólo sintió una fuerte conmoción en su cuerpo, al recibir la terrible descarga eléctrica. Y entonces se sintió liberado de sus abrazaderas. Se pudo levantar incluso y retroceder.

¡Entonces se vio a sí mismo sentado en la silla, muerto, electrocutado!

* * *

Derna Robles desapareció de su habitación una noche y ya no volvieron a verla. Fue a cumplir su destino.

Tenía que velar por M'gaypú durante diez mil años.

Después de haber cumplido esta sagrada misión, su propia madre vendría a sustituirla, aunque Nedy Ogral había muerto ya.

Sin embargo, quien por sentimientos y razón era la auténtica madre de Nedy, Elga Costak, quedó llorando en brazos de Carl Costak.

—No llores, Elga. Derna ya no era feliz entre nosotros.

—¡Yo la quería más que a mi vida! ¿Por qué no pude irme yo y ella quedarse?

—Porque su vida no le pertenece. Nadie pertenece a nadie. Todos somos de todos y nos debemos a los demás. No podemos ser egoístas.

Pese a esto, Elga no quería renunciar a su dolor y continuó llorando durante días. Pero, al fin, encontró consuelo y resignación, porque Carl fue muy bueno siempre con ella y la amó como cualquier mujer habría querido ser amada.

El único ser auténticamente humano, por lo mucho que había sufrido en su juventud, fue Carl.

Él fue el más comprensivo, el más responsable, el más valiente, el más digno. Y…

…Si alguna vez la humanidad ha de vivir de ese modo, será necesario disponer de muchos hombres como él, como Carl Costak; de lo contrario la humanidad se habrá perdido para el infinito.

FIN

Próximo número:

LA NAVE VENGADORA

CLARK CARRADOS

Su presencia en el espacio era acogida con terror por los tripulantes de las astronaves atacadas. Todos, en efecto, sentían pánico simplemente por oír hablar de LA NAVE VENGADORA.

Otros títulos de este autor
recientemente publicados:

CRIPTESTESIA

Ciencia Ficción, 54

SANDY «SUGAR»

Espuela, 59

«DAGER, OUT»

Hazañas Bélicas, 69

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA Publicación quincenal 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE Publicación quincenal 10 PTAS.



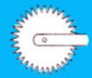
SEIS TIROS Publicación quincenal 10 PTAS.



HURACÁN Publicación quincenal 10 PTAS.



SIOUX Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPUELA Publicación quincenal 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPACIO Publicación quincenal 10 PTAS.